

JULIO CEJADOR Y FRAUCA

Cintarazos

(ARTÍCULOS INÉDITOS)



TOMO III

1927

IMPRESA RADIO
ANCHA DE SAN BERNARDO, 75
MADRID



C

128 pag

JULIO CEJADOR Y FRAUCA

Cintarazos

(ARTÍCULOS INÉDITOS)



TOMO III

1927

IMPRESA RADIO
ANCHA DE SAN BERNARDO, 73
MADRID

JULIO CELADOR Y FRANCA

Cintarrazos

(Impresos en España)

Es propiedad y queda
hecho el depósito que
señala la ley.

TOMO III

IMPRESA RADIO
AVDA. DE SAN BERNARDO, 15
MADRID

EL BELLO GESTO DE UNA PRINCESA

Filósofo que por la tarde desarrolla cerca de su biblioteca las notas que tomó por la mañana paseando en la glorieta de Auteuil, teniendo por única maestra a la Naturaleza, no puede menos de ser gran filósofo. Las aves le prestan allí sus gorjeos para modular el estilo; las mariposas le enseñan, revoloteando, lo efímero de sus aéreas bodas y de su divorcio sempiterno; las vacas rumiando, el aire soplando, el sol luciendo, la tierra brotando, todos los seres obrando según la ley que llevan sin saberlo dentro de sí, mirando por sí, luchando entre sí, le enseñan los imperativos categóricos del universo, que dictan hasta al más menudo átomo el que siga su propia tendencia para que de la lucha de las tendencias encontradas surja la armonía y concierto de la vida y de la creación.

Si este filósofo, además, está siempre levantado a las siete, después de un baño frío, y por la noche trabaja, fuera de dos días a la semana que va de sociedad, la

sobriedad y la higiene le conservarán la salud y las energías, y el día que salga a la luz pública su libro hará maravillas.

Si sobre su mesa de trabajo se ven un tomo de Platon, el «Séneca y S. Pablo», de Aubertin, un Emerson, un Montaigne junto a Ibsen, Le Dantec, Le Bon, obras de escritoras suecas e inglesas y «Los Prolegómenos», de Kant, la erudición habrá bordado en sus páginas sobre el cañamazo del pensamiento, arrancado a la Naturaleza preciosidades y arabescos, a que los españoles no estamos acostumbrados, acerca de «La religión», «El divorcio», «La Prensa», «La opinión pública», «La independencia de la mujer», «La amistad» y «Los prejuicios sociales».

Tal es la maravillosa obra que el filósofo ha escrito en francés, aunque él sea español, porque «su corazón, tan español, está muy triste al verse tan poco comprendido en su querida tierra». El filósofo vidente prevé que «no es en España donde puede despertar mayor interés, ya que el general sentir de España no será el que estará más en armonía con el modo de pensar que se revelará en su obra».

Lo único que los españoles podemos comprender, y por eso me atrevo a tocar con

mi torpe pluma el no esperado acontecimiento, es que libro tan maravilloso tendrá y comienza a tener un desusado y estruendoso reclamo de librería, mal que le siente a la sabia modestia del filósofo, su autor, el cual le ha puesto por título «Au fil de la vie». Bastaba y sobraba para ello todo lo dicho; pero lo dicho no es nada, porque hay más, mucho más: el filósofo español no es tal filósofo, es filósofa. Y ya veo a la bella mitad del género humano trompetear el libro, más de lo que la autora quisiera, en voz baja, cuchicheando de oreja a oreja, lo que bastaría para que llegara la nueva a todos los rincones del globo con la ligereza de la chispa eléctrica en alas de la envidieja femenina. La otra mitad fea lo pregonará a los cuatro vientos y lo devorará con apetitoso deleite. Lloverán cartas y telegramas en la filosófica casa, granizarán entrevistas de reporteros y fotógrafos, atronarán el espacio los libreros, reventarán de henchidos los escaparates, se despepitarán las gentes, se estremecerán los quiciales del globo terráqueo.

Porque el reclamo subirá y subirá como la espuma al saberse que la filósofa es francamente racionalista, que defiende el divorcio con todos los bríos que le dan la

experiencia y que, por encima de todo eso, es una Infanta de España, que se desliga de la familia real con una despedida de «bello gesto» al Rey, con un mohín de desdén al Gobierno español, con toda la gallarda desenvoltura a que le dan derecho sus soberanas filosofías.

No puede darse momento más sereno, sosegado y tranquilo, más desinteresado, más desasido de las pasiones bajas y de las cosas rastreras, para que una filósofa se arrebate en las sublimidades supraterrenas de la más encumbrada filosofía, olvidada del mundanal ruido, y publique su inmortal obra. Su pensamiento volará, sin duda, desapihuelado de toda pasión, de todo interés, de toda intención menos pura, por el piélago inmenso del vacío. La sinceridad sellará todas sus frases, la virilidad arreciará los nervios del razonamiento, el pensamiento y el juicio de la filósofa quedarán por cima de toda humana crítica, el desinterés hará transparentes, como las aguas del regato que rueda de la montaña, sus más hondas sentencias.

La filósofa, arrobada en éxtasis magnífico, se descuelga de las alturas, libro en mano, y en sesgo vuelo se presenta en París, lo pone en manos de «Le Temps» y de

los coloniales, los más entrañables amigos de España, y les ruega nos saquen a los españoles de las mazmorras de la Inquisición en que nos tiene aherrojados el primer Inquisidor, su augusto sobrino. París entero forma corro y se apretuja en torno suyo, con pasmo y admiración ante los soberanos destellos, las elevadas intenciones, la majestad divina del nuevo Genio filosófico, encarnado en una gloriosa hembra de estirpe real. Pero ella toma el vuelo y se traspone, volviendo a las augustas y serenas soledades de su biblioteca y de la glorieta de Auteuil, a sus baños fríos, a sus sobriedades e higienes, dejando al mundo entero haciéndose cruces del nuevo y maravilloso portento acaecido entre los mortales.

LOS ESTUDIOS ARÁBIGOS EN ESPAÑA

Los estudios arábigos andan en España por los suelos. Tiene razón el Sr. Arévalo. Como lo andan los de las demás lenguas. El mal es tan hondo, que cien veces he tomado la pluma para tocarlo, y otras tantas se me ha caído de las manos. No sé si acabaré ni si me admitirán este artículo en los periódicos. Me tiemblan las carnes y les temblarán a los directores por solo admitirlo. No se estudian lenguas en España; se estudian cuestionarios teóricos, y cuestionarios teóricos se enseñan en las clases oficiales. Fulano es Catedrático de Latín.—Dispéñseme, es catedrático de unos centenares de preguntas y respuestas que andan danzando en torno de la lengua latina con miedo de quemarse si a ella se acercan. Mengano ha sacado sobresaliente en griego.—Con perdón, es sobresaliente en decir de coro unos cuantos paradigmas de declinación y conjugación. Perengano ha hecho unas oposiciones brillantes para la cátedra de Árabe.—¿Ha traducido a libro abierto y sin haberlo preparado de antemano?—Eso

ni les ocurre hacerlo a los jueces del tribunal, porque acaso ni ellos saldrían airosos del lance.—Pues ni jueces ni opositores saben el árabe. Cinco ejercicios creo tuvimos en las oposiciones para la Cátedra de latín. En los cinco puede salir boyante uno que no sepa latín, y en los cinco puede hacer feísimo papel el que lo sepa a maravilla. ¿Hay mayor prueba de que no son ejercicios para conocer quién sabe el latín, sino para admirar la buena memoria y la desenfadada labia de los opositores? De hecho sólo uno de los cinco ejercicios se sale de la teoría, el que consiste en traducir unas cuantas líneas; pero disponiendo de varias horas y de diccionario, y aun después de todo eso no alcanzando las más de las veces el sentido del texto latino, díganme si esa es prueba y si los que por tan extraña manera son nombrados catedráticos de latín puede asegurarse que sepan latín. Latín sabrán la cuarta parte de los Catedráticos de Latín, y eso, si después de lograda la Cátedra, han leído mucho latín. Lo cual no puede asegurarse de los más. No hay un doctorado en Letras que a libro abierto entienda el libro latino más llano.

Todo esto es duro de oír y me es a mí muy más duro de decir; pero hartó más

duró es el que tal suceda; pero lo que tras-pasa la raya de la dureza es el que la Ley, que parece debió hacerse en defensa del derecho, sea en esto la causa de todos los tuertos. Y si no, vengamos al árabe. La necesidad ha hecho crear Cátedras de árabe vulgar. Convócase a oposiciones. Lo menos que se puede esperar es que el tribunal esté compuesto por hombres que sepan hablar el árabe vulgar de Marruecos. ¿Que no los hay entre los arabistas españoles? Doloroso, en verdad; pero habrá en Tánger cinco personas que lo sepan y a quienes pueda encomendarse ese menester. ¡Oxte la burra! Eso sería saltar por todas las leyes de Instrucción Pública. En el tribunal había hombres que han pasado su vida entre libros arábigos, descifrándolos sin saber ni querer leerlos, porque jamás quisieron aprender a pronunciar el árabe; antes creen que además de inútil es imposible saber cómo se pronunció el árabe literario: todo lo cual déjolo a la consideración del discreto lector, asentando tan sólo ruda y llanamente que una lengua que no se pronuncia no es lengua, sino a lo más un montón de jeroglíficos por descifrar; que el pronunciar una lengua que se enseña y se aprende, lejos de no ser inútil es indispen-

sable, no que utilísimo para enseñarla y aprenderla antes y mejor; que la pronunciación del árabe literal es conocidísima de todo verdadero arabista.

En aquel tribunal había también hombres que nada sabían de árabe literario ni de árabe vulgar. Lo que no me atreveré a decir es si había alguno que supiese el árabe hablado y lo pudiese hablar. El único ejercicio práctico que según rezaba el programa había de consistir en sostener una conversación en árabe con el tribunal, dejóse a un lado; lo demás se redujo a teorías y a exquisiteces que nada tienen que ver con el árabe que hablan los marroquíes. Si algún opositor sabía hablarlo, se quedaría con buenas ganas de mostrar que lo sabía. Así matan las Leyes a veces, en lugar de dar aliento y fuerzas; así nació muerta la criatura. Un mi amigo tenía pensado pasarse tres años en Tánger para presentarse a oposiciones en sabiendo hablar y escribir de corrida el árabe marroquí. En el entretanto, me dijo, fulano y mengano cultivarán en Madrid la amistad de zutano y perengano que serán del tribunal cuando las nuevas oposiciones lleguen, y él con cuatro respuestas prendidas con alfileres se llevará la Cátedra que yo habría pretendido con

pérdida de tres años, de mi comodidad y de mis no sobrados dineros. Y no fué a Tán-ger, y no pude menos de alabarle el gusto. Lo que le pasó a mi amigo con el árabe está pasando todos los días con centenares de mozos maravillosamente dispuestos y aficionados a trabajar. Pero la injusticia es madrastra del trabajo, como la justicia es su madre verdadera. Tonto de capirote ha de ser el que sabiendo que el trabajo aleja de los cargos y la intriga los escala, prefiera trabajar a intrigar. Y en España, no ya la corrupción social y la privanza, sino hasta las mismas Leyes cierran la puerta de los cargos al desinteresado trabajador. El que quiere trabajar para saber latín no tiene tiempo ni humor para aprenderse de memoria lo que en las oposiciones le ha de hacer que se luzca; ni su dignidad personal y su honradez científica se lo permiten, ni su sincero amor al estudio del latín. Podrá haber leído todos los autores latinos, podrá escribir sin diccionario cualquier cosa en latín, podrá mantener toda una conversación y hablar en latín cuanto tenga que hablar delante del tribunal de oposiciones; pero no tendrá ocasión de hacerlo, ni aún se lo permitirán, antes lo juzgarían contra ley y reglamento, y sin llegar aquí,

había de comenzarse por averiguar si los del tribunal le entenderían ya que no le pudiesen contestar en latín. Irá, pues, a las oposiciones con todo este conocimiento de latín en el cuerpo; pero si no sabe otra cosa, no se llevará Cátedra. Porque no son oposiciones a latín, sino a esa otra cosa que es una quisicosa, tan difícil de declarar como fácil de entender sin declaración alguna.

Después de esto pregunte el que quiera por qué no hay quien sepa árabe en España para formar tribunal a las nuevas Cátedras creadas. Y por qué no hay quien sepa latín ni griego ni hebreo ni sanskrit ni lenguas indoeuropeas comparadas ni semíticas comparadas ni románicas comparadas ni... castellano comparado ni sin comparar. Que toda esta retahíla de asignaturas exigen al Doctor en Letras, y como es natural hay Doctores, pero no hay Letras, por lo menos lenguas que se sepan en España. El colmo de todo ello es lo que pasa con el francés. ¿Hay algún bachiller que con el francés estudiado en el Instituto sepa francés? Dejémonos, pues, de árabe y otras delicadezas, y hasta de francés; pues no conozco bachiller que sepa medianamente sabida su lengua castellana.

PORTEROS Y CONSERJES

Dios nos los depare buenos, que los señores no valen más que para tomar café y pagar la cuota mensual. Díganlo si no en el Círculo de La Amistad, donde aquéllos han dado una buena lección, y éstos, gracias que la han recibido con toda compostura y buena crianza, quietecitos, las manos puestas como verdaderos doctrinos. Que por lo demás para nada se acuerdan del Reglamento, que Conserje y Portero tienen en la uña. ¡Pues no faltaba más! Un extraño que se nos cuele por el Círculo todos los días sin más ni más, un fulanito que será muy conocido en su casa, pero que no tenemos el gusto de conocerle, ni falta que nos hace. Este es un Centro de personas cultas, tenemos nuestra biblioteca bien surtida, y nadie me podrá negar que en los ratos de ocio no me haya podido leer yo, sentado a la entrada de mi portería, la «Vida de Bertoldo, Bertoldino y Cacasenno», que si no la he leído no ha sido porque no he podido. Y cátrate ahí un tipejo cualquiera que se atreve a meterse

con nosotros y a entrarse de rondón entre personas cultas. ¿Y los artículos 35 y 36 del Reglamento? Si ni siquiera sabe ese señor los artículos 35 y 36, ¿qué podrá saber el infeliz? Por supuesto, que ni eso saben los señores socios. Así anda España, la política y los Gobiernos. Si no tienen cabeza para aprenderse dos artículos, sí, señor, el 35 y el 36, ¿qué podemos esperar de esta gente? Pues nada. Dejar que todo ande manga por hombro. Aquí no hay más que el señor Conserje y un servidor de ustedes, que miramos por la casa; los demás se toman su café, leen el periódico, y rueda la bola, que entre el que le da la gana, y a los artículos 35 y 36 que les parta un rayo.

¡Pero y qué valiente ha estado el señor Conserje! No ha consultado ni con la Junta, ni con el Presidente. Como que aquí no hay otro que sepa ni mande ni valga para nada. No se mueve una mosca sin quererlo él. ¡Qué valiente! Y ¡qué pluma la suya! ¿eh? ¡Qué bien le ha puesto al del artículo del otro día! Eso se llama escribir, y lo demás es cuento. Y al señoritil ese qué bien le ha leído la cartilla. Aquí está, que no me canso de leerlo: «Hace más de un mes que lo está visitando dia-

riamente, en contra de lo que dispone el Reglamento.» ¡ Si a lo menos hubiera hablado al señor Conserje! Teniéndole a él de su parte, ya no necesitaba de nadie; pero ha tenido la desvergüenza de no preguntar por él, y, claro está, las personas dignas no deben pasar por tamañas desatenciones. Anda, pues bien que se la ha hecho pagar, y bien que le ha cantado los artículos 35 y 36, dándole a entender que no los sabe y echándose en cara con razón. Figúrese usted ¡ los artículos 35 y 36! Pues si no hay cosa más sabida. Yo no sé otra cosa, y vergüenza da que no los sepa nadie más que el señor Conserje y yo. Así anda todo patas arriba en España, la política y los Gobiernos. Yo he cumplido con mi obligación poniéndole de patitas en la calle, y el señor Conserje con la suya, defendiéndome a mí. ¡ Lo que es los demás señores socios!; ¡ pero si no saben ni los artículos 35 y 36!

Todo este monólogo ha llegado a mi noticia, y lo doy por verdadero, y hasta les doy la razón a portero y conserje, que conocen los artículos 35 y 36 y saben aplicarlos a su manera. ¿ Qué más se puede pedir que sepan un conserje y un portero, y qué otras maneras han de usar si no es las que

mamaron y les han enseñado y les consienten? ¿Le han presentado a usted?—me preguntó el portero—. Claro está que para un portero bien necesito yo que me presenten. Lo que espanta es que al presentarme a otros, que ya son personas, y personas leídas y cultas, según dicen, sobre todo clérigos, abran dos ojos como dos capachos al oír que les dice mi presentador: Ya le debe de conocer usted de nombre. Que si cosa por el estilo no les dicen, suelen responder: Muy señor mío. Y digo que espanta porque los escritores de libros ya sabemos que no tenemos lectores en España, como que pondría cualquier cosa a que no hay en Córdoba quien haya leído un libro mío, con tratar de cosa tan española como es el habla castellana; pero que no conozcan la mayor parte de las personas cultas a los que escriben en periódicos y revistas y tienen cierta nombradía, cosa es para espantar y para hacernos ver lo que se lee en España y la cultura que de ese menguado leer puede darse por estas tierras de pan llevar. Por manera que razón tienen que les sobra porteros y conserjes para alabarse de conocer los artículos 35 y 36 de su Reglamento, cuando los que pasamos por cultos no leemos una revista, y en

los periódicos pasamos los artículos que no traten de política de campanario o de otras ñoñerías, pasto de viejas, de niños y de españoles talludos.

SUMA Y SIGUE

En el «Día de Palencia», número 6.357, se escribió un artículo titulado «Por la Justicia». La Justicia consiste, según «El Día», en que el señor Cejador «explique al Ayuntamiento la palabra «ladrones», que la Corporación estima injuriosa», y que nada se diga al público palentino que fué el que en cierta sesión la pronunció. El artículo firmado X, que se me atribuye, contó un hecho público y notorio, fué espejo de lo que allí sucedió. Si el que cuenta un hecho es culpable, el autor del mismo hecho lo es harto más. Había que culpar y encausar, pues, al público palentino, autor del hecho, y había que recordar aquello de:

«Arrojar la cara importa.

Que el espejo no hay por qué.»

También el reporter del «Heraldo de Castilla» contó la noticia; pero si no es justo se acuse a los que dijeron «ladrones», tampoco y menos lo era acusar al que «dijo» que «dijeron ladrones». Solo es justo acu-

sar al que «dijo» que «dijo» que «dijeron ladrones», porque yo del reporter lo tomé y de los mismos que lo dijeron allí, no al Ayuntamiento, sino a ciertos concejales del Ayuntamiento, lo cual no es lo mismo. De encausar a alguno, no había de encausarse al último retintín del eco, que fué el artículo X, ni al segundo rebote, o sea al reporter, ni al primer brote, o sea al público que lo dijo, sino a aquellos a quienes el público les aplicó el calificativo, para ver si había realmente hecho punible que lo mereciese. Eso es lo que pide el «Derecho» natural y el de todo pueblo libre. Lo torcido es lo contrario y lo que defiende «El Día» abogando «por la Justicia». Prueba de que no era el Ayuntamiento el que quedaba «bajo el peso de esa frase», es que los demás concejales no han oído hablar de este asuntillo casero más que a regañadientes y con protestas. Y así he injuriado yo al Ayuntamiento, al decir del «Ideal Castellano», número 6. Como, según el mismo, injurié a todo Palencia afirmando «que en Palencia no andaban por las calles más que borregos que apacentan en jugosas dehesas.» ¿En qué artículo he dicho yo semejante frase, ni semejante gazapo gramatical «apacentan»? Yo traté a muchos conservadores

palentinos de «borregos que vienen, borregos que van», y ni habrá quien me pueda desmentir ni palentino que diga allá en sus adentros y para su capote que no hay tales carneros, porque los mismos carneros y borregos se lo saben de sobra. Pero ni traté de borregos a todos los palentinos, ni en mi vida se me ha escapado ese malhadado «apacentan». Hasta las viejas saben en Palencia lo que no saben los Diputados a Cortes. Pues no habrá una que no sepa decir que los borregos «pastan» o «repastan» o se «repastan» o se «apacientan»; pero tampoco habrá vieja, por erudita que sea, que haya dicho jamás que «los borregos apacentan». Los pastores apacientan sus borregos; pero los borregos, ¿a quién han de apacentar? Ni fregona creo yo haya en Palencia que diga «apacentan», por diputada que se crea; todas saben que se dice «apacientan».

Yo no inventé un hecho que no sucedió, como descocadamente dijo «El Ideal». El hecho saben que sucedió los centenares de personas que dijeron la palabreja, los que la oyeron y los mismos señores Concejales. Los cuales, añade «El Ideal», «acudirán a los Tribunales de justicia en averiguación de quien les llamó «ladrones». Pero

¿no se lo saben bien los señores Concejales? ¿No saben que fué el público palentino? ¿Qué orejas de mercader son esas? Pero ¿y por qué no han acudido a los Tribunales? Porque se sabe que hubieran comparecido varios centenares que lo oyeron o dijeron, y no era cosa de oírsele decir segunda vez delante de los magistrados, ni menos de citar a los tribunales al público palentino. Tendría que ver: ¡el pueblo de Palencia procesado por sus propios representantes! y oirse llamar éstos «ladrones» al repetirse por los mismos testigos.

No se acusó, pues, al público, autor del hecho, sino a mí que lo conté, porque yo era... la madre del cordero. Tal es la justicia por la cual sale «El Día». El cual «Día» añade que «el autor no asistió ni se ha dignado dar ninguna contestación, a pesar de haber transcurrido quince días.» «El Día», que por lo visto no está al día, sino a la quincena, ha de llevar a bien, lo cual es dificultoso porque no querrá ser desmentido, que le diga cómo sin ser citado oficialmente estuve en el Ayuntamiento con el señor Alcalde y algunos señores de la Comisión a poco rato y la misma mañana; que quedé de palabra citado para la tarde; que habiendo sucedido aquella tarde

la agresión, los mismos señores concejales me relevaron de volver. De manera que «a pesar de haber transcurrido quince días»; y hacía quince días que me había adelantado a ponerme a disposición de la Comisión.

Todas estas cosas se llaman trolas, embustes, mentiras, bolas, enredos y ruindades de tarambanas que se meten a periodistas; pero tarambanas algún tanto zorrunos, porque si se desbocan y deslenguan tan sin freno y tan descaradamente es porque saben muy bien que el artículo X era un artículo humorístico de pura política, que no tenía nada de punible. ¡ Como que no tenían ganas de denunciarlo ! Escocióles como una jara que les hubieran clavado en el colodrillo, y no viendo manera de llevarlo a los tribunales, se despacharon con esas ruedas de molino con que creyeron comulgar a la gente menuda, con abofeteos que han recaído en sus propias mejillas, agrandados y multiplicados al dar la vuelta por España, con palizas a los niños, con calumnias a los mayores.

FILOSOFÍAS DE PERIQUITO

Don Pedro tiene hoy cerca de los setenta; pero tuvo sus catorce y sus diez y seis, cuando andaba al Instituto. Por aquellos sus verdes años oía decir en la tertulia de casa, a los amigos de su padre, que España era una merienda de negros, que la gente gorda de la política eran todos ellos unos pillos que se comían el presupuesto. Periquito, como entonces le llamaban, se figuraba a los políticos con su uniforme galoneado, sus botas de charol y su tricornio, rollizos, panzudos y coloradotes, y un si es no es de morenos, con bravas patillas. Una merienda de negros, por metafórica que la supusiese, y a tanto ya alcanzaba su inocente picardía, no podía ser más que entre personajes de esta parte. «Son unos ladrones todos los Ministros», decía el médico. «Buenos sastres están», añadía un catedrático de la tertulia. Periquillo se figuraba estar viendo al Ministro, sobre el cual había recaído la conversación aquella noche y cuyo nombre sólo recuerda hoy que acababa en «ón». Veíalo

sentado en una de esas mesas que llaman de Ministro, la papelera al lado, muchos legajos y cartapacios sobre la mesa y sobre las sillas, como en el despacho del tío Saturnino, que era abogado; pero la sala era mucho mayor, el techo más elevado y con artesones dorados y rojos, el empapelado de damasco púrpura. De repente le vió levantarse de su asiento, y mirando de soslayo a una y otra parte, sacar del chaleco una llavecita, que brilló como el oro, lanzarse de puntillas a la caja de caudales, que era muy grande, muy grande y tocaba a los artesones del techo, abrirla calladamente y llenarse con precipitación los bolsillos de la levita y del pantalón de billetes de Banco.

Esta era la merienda de negros, porque cada Ministro en su Ministerio hacía otro tanto, y todos ellos y cada cual se merendaba en su casa, con su familia, lo que tan ricamente había podido apañar del Presupuesto, que para Periquito no era otra cosa que la caja de caudales.

Otras veces figurábaselo cómodamente arrellanado en su butaca de gutapercha, como solía hallar a su tío, escuchando las temblonas palabras de algún pretendiente y poniéndole dificultades acerca de su asun-

to, mientras se estiraba las patillas y le clavaba los ojos. El pobre señor doblaba el espinazo a cada frase que oía caer de labios del Ministro. Por fin se levantaba éste, tras muchos dimes y diretes, llegaban las despedidas y el menudear de las reverencias del uno y el atiesarse del otro, puestas las manos al chaleco por junto a las sobaqueras, y luego el momento esperado de darse las manos y el consabido dejar en las del Ministro un par de billetes, de los gruesos, o el ofrecerle un habano arrollado gallardamente en ellos, el abrirse de cariz la agradecida Excelencia, prometiéndole con los ojos lo que tanto de palabra había repugnado, el cerrarse la puerta, el poner a buen recaudo en la cartera los billetes y el sabroso restregar de manos, mientras a la puerta tocaba otro solicitante.

Tal creía Periquito en sus mocedades que se hacían los que llamaban chanchullos de la gente gorda, y en eso consistía la merienda de negros. El ingenioso medio de dejar billetes en la mano al despedirse se lo había oído en la tertulia a un señor venido pocos días antes de Madrid. «Figúrese si lo sabría de buena tinta», había oído decir a D. Pánfilo, el tendero de abajo. Lo del arrollar en ellos el habano fué añadi-

dura del tío Saturnino, que dice se lo oyó contar años atrás a otro madrileño. En Madrid todo el mundo está al cabo de la calle en semejantes artilugios. Periquito sentía muchas ganas de venir a Madrid.

Y vino, y pasaron los años, y supo que los Ministros no pueden disponer de un céntimo, ni tienen llavecita de oro, ni caja de caudales en su salón de recibo; antes las cuentas pasan por muchas manos y llevan un sin fin de firmas, y el dinero lo entregan otros con su cuenta y razón. Lo del dejar billetes en la mano ya no lo oyó en Madrid asegurar más que de algunos secretarios y empleados del Ministerio, a manera de propina dada a cocheros y porteros, bien que algo más crecida por ser empleados de más alta guisa. Y aun esto lo tiene por hablillas de la gente menuda.

Periquito llegó con los años a ser don Pedro, se casó, tuvo hijos; pero no llegó a ser algo sino a fuerza de afanes, luchas y desengaños. Entonces filosofó acerca de la vida y de los tristes mortales que en ella andamos batallando, y ya no se espantó de que hubiera habido Guzmanillos ni Buscones en todos tiempos; antes cayó en la cuenta del delicado ingenio de los españoles, que habían alcanzado el más

alto punto de la filosofía, el de pasar la vida lo mejor y más alegremente posible con el menor trabajo posible de manos, supliéndolo con el ingenio despierto y despabilado. Tales son para él los pícaros de nuestra antigua novela, todos los antiguos españoles, y los pícaros de hoy, todos los españoles que hoy vivimos.

Don Pedro sabe ya que la tal merienda de negros no es más que la merienda cotidiana de los españoles, pobres diablos, que no son blancos, o dígase bobos, sino listos, vividores, verdaderos filósofos, que eso es ser negros en la jerga española. Ya no le suenan mal los calificativos de pícaros y buscones, dados a los españoles de antaño; antes, en son de alabarlos, llama a los de hogaño excelentísimos pícaros de siete suelas y buscones empedernidos, dignos continuadores de la raza. No hay, pues, chanchullos de la gente gorda, sino negocios de ingenios despiertos; no hay tal comer del presupuesto, sino delicado tocar de consignaciones, nóminas, dietas, sutiles filtraciones y otras operaciones tan gubernamentales como biensonantes. En la alta sociedad ya no se ven Pablillos ni Cortados, sino consejeros de acaudaladas Sociedades, contratistas de ferrocarriles, carreteras y

otras pingües empresas del Estado, que demandan ingenio sutil y maña poco común, arrendatarios de minas, astilleros y escuadras, de administradores y provisiones militares y civiles, tenedores y accionistas de gruesas Sociedades bancarias, etc., etc.; todos los cuales han heredado las nunca bien ponderadas dotes de nuestros antiguos pícaros y buscones, manteniendo sobre sus hombros la encumbrada gloria de la afamada picaresca, por ellos zanjada yalzada a fuerza de uñas y devanamiento de sesos. Ellos garbearon a flor de tierra para que los de hoy se remontasen y fuesen águilas y jerifaltes de soberana altanería. Ellos acudían como moscas a la miel adonde olían el torrezno; éstos, de un vuelo, se presentan cual zumbador enjambre adonde avizoran algún negocio de millones. Aquéllos doblaban la raspa en algún estrellado pajar en llegando la noche; éstos doblan su capital y doblan a la Hacienda pública a la luz del mediodía. Aquéllos, por una sucia canasta de colar, que ponían a buen recaudo, caían en manos de la corchetea o daban con sus cuerpos en las gurapas; éstos por esos servicios de dobladura, no cargan con otra cruz que la de Alfonso XII; pero, en cambio, suben a ser Subsecretarios y

luego ministros. Aquéllos no sabían escribir, ni aun firmar; éstos saben firmar nóminas. Las castañetas a lo más tocaban aquéllos; éstos tocan gratificaciones y dietas, además de los sueldos. ¿Quién acabará de encarecer—dice D. Pedro—, arrebatado ya por la fuga de este ditirambo a la gloriosa picardía, el renombre y fama que han alcanzado los modernos buscones sobre los antiguos? España entera los contempla pasmada, haciéndose cruces, embobada y sin chistar. Y este pasmo, embobamiento y silencio es para D. Pedro el ápice de la picaresca y de la busconería del pueblo español, que se arroba ante los maestros y sobre hombres de la raza.

Palencia, 1910.

SAINETERÍAS

I

Palencia, triste Palencia,
la avejentada ciudad,
la de casas que se caen
y no se levantan más,
la que derrumbas sin causa
el Arco monumental
que hermozeaba tu entrada,
y un Carlos hizo elevar ;
la de calles embarradas,
cuyos barrenderos van
emporcando lo que creen
los muy benditos limpiar ;
la que allegabas antaño
en tu rica catedral
cuantos tesoros podías,
y hoy los ves malbaratar
vendiéndolos por dos cuartos
de que hambriento el Clero está ;
la que a poetas desprecias,
dejándolos hilvanar
pantalones y chaquetas,
si es que quieren almorzar ;

la que a pintores y músicos,
que te pudieran honrar,
les despojas de sus cargos,
y tienen que mendigar
ropa, si quieren cubrirse,
si quieren comer, el pan ;
la que adornas tus paseos
con fuentes de aliño tal
que los alambres y trapos
de que embutidas están
las ramas y las estatuas
que atiborró un catalán
se les salen por las nalgas,
y asco al paseante dan ;
la que asphaltaste tus rondas
por manera tan fatal
que si antes eran barreros
ahora son un pecinal.

Palencia, triste Palencia,
la avejentada ciudad,
de hoy más erguirás tu frente,
y vendránte a visitar
de Berlín, París y Londres,
desde el Polo y Ultramar ;
tu fama por el planeta
no cesará de rodar.
Otra Florencia, otra Atenas,
dentro de poco serás,
escultores y poetas,

pintores, músicos, ya
van a hormiguar en tus calles
y a darte gloria inmortal.
Oyelo bien, no te espantes,
no te lo creas soñar :
De Artes un Conservatorio
oigo que van a fundar
unos mozos de esperanzas,
de altos vuelos, de ideal,
que aunque el pincel o la pluma
aun no saben manejar,
ni conocen a Beethoven
más que al mismo Barrabás,
tienen esperanzas ciertas
de serlo todo y aun más.
Principio quieren las cosas,
y pues van a principiar ;
algo es algo, y esperemos,
que el tiempo y ello dirá.

CHIPIRRIS

SAINETERÍAS

II

La niña bienmaridada,
que viuda al cabo quedó,
ya no casó.

—

Supiste de mujer buena,
no quieras saber de mala,
que tras del cielo sereno
suele apuntar la borrasca.
Tentaste la suerte un día,
la vas a tentar mañana,
si le halagó el primer tiento,
de ser tentada se cansa.

La niña bienmaridada,
que viuda al cabo quedó,
ya no casó.

No te cases ya, viudito,
mira que hoy son las mujeres
trapaceras, que enredijan
con su marido a quien pueden.
Mas te cuadra a ti guardarte
solo y señero entre gentes
para que como a Señor

todas las gentes te tiemblen.

La niña bienmaridada,
que viuda al cabo quedó,
ya no casó.

Son lenguaraces las hembras,
aunque se vistan de seda,
y de lengua las heridas
se enconan y no se cierran.
Tú eres señor de secretos,
y en políticas te enredás;
del barrio hasta las comadres
sabrán lo que obras y piensas.

La niña bienmaridada,
que viuda al cabo quedó,
ya no casó.

Hoy una señora gasta
más que ayer gastaban cinco;
un Perú cuesta el sombrero,
un Potosí el abanico.

¿Qué te quedará en las arcas,
con que repartirles trigo
a tus caros electores
cuando hayan de abrir el pico?

La niña bienmaridada,
que viuda al cabo quedó,
ya no casó.

Muy niña diz que es tu niña,
tú eres un hombre muy hombre,
no hará buen viso el jazmín

abrazado a un alcornoque.
Es fina como un topacio,
tú más bronco que un cascote ;
será echarla entre las piedras
que arrastra el río del monte.

La niña bienmaridada,
que viuda al cabo quedó,
ya no casó.

Muchos duendes te rodean
y se te entran por tu casa,
tu niña andará por ella
y andará sola y sin aya.
Sábetete que los ladrones
no nacen con uñas largas,
y aunque las curen y corten,
la ocasión se las alarga.

La niña bienmaridada,
que viuda al cabo quedó,
ya no casó.

CHIPIRRIS

LOS DESUELLAGUEROS

A pesar del tiempo, que corre a más andar y arrolla y arrastra a los pueblos más emperrezados hacia adelante, envueltos en la corriente arrebatada de los que les rodean, todavía quedan en esta trasañejada España ciudades enmohecidas por la herrumbre de los siglos, que se le antojaban a un mi amigo cual harapiento pordiosero, que tras el cantón de derruido ventorrillo no alza los ojos para mirar el estruendo y lujo de automóviles y berlinas, que a dos pasos cruzan ligeros y alegres por la carretera, según anda de ocupado, entre bostezo y bostezo, en espulgar sus mugrientas bragas.

Como las ideas que en tales ciudades vestustas corren, o mejor diremos, sestean bien arrellanadas en los encallecidos testuces de sus beatíficos moradores, se cifran en trazar, contar, averiguar, retrazar y recontar los acontecimientos y hechos, las vidas y milagros, nada gloriosos, de cada hijo de vecino, tiznando, por supuesto, cuanto pudiera oler a virtud, y poniendo de manifiesto

cuanto trapillo puerco trata de esconder cada cual en su rincón, menudean en ellas, a falta de hondos pensadores, de sabios y discretos, los echacuervos, rapapelos y desuellacueros, sabrosa y bien razonada fruta de tan delicioso paraíso.

Los susodichos desuellacueros son un linaje de gentes, que tan ayunos de todo provechoso conocimiento, como hueros de sesera, cuellierguidos y cabizprietos, se empollaron allá en tiempos de Mari Castaña toda la baraunda aristotélica de los «fapesmos frisesomorum», arreciaron sus morcillos luchadores en el sano y angelical ejercicio del silogismo, templaron los aceros de sus bríos en las aguas bullentes de la casuística barata, y por contera lucieron luego alguna que otra vez sus arrestos en las ardorosas polémicas político-religiosas, bien abroquelados so los ajustados faldones de alguna levita integrista.

A este linaje de alimañas, por no decir avechuchos de daca y toma, tiraba un bien aderezado articulejo pocos días atrás publicado por el insigne «Paradox» (1), con el rótulo asaz trasparente de «Cejador y la

(1) Véase «El Diario Palentino», Palencia, 28 de diciembre de 1907.

piel». Los rapacueros no han logrado tocarle ni a un pelo de esa su famosa piel, que el señor Cejador sabe muy bien guardar, aún cuando al parecer de algunos menos avisados, que no le calan y sólo le conocen de ayer, la hubiera puesto las noches pasadas a riesgo de que se la adentellaran, desenvolviendo en sus discursos del Ateneo, con la lealtad y franqueza de los de su tierra, cuanto le vino a las mientes para ahondar y aclarar la cuestión que allí se debatía.

En mal hora el sabio conferenciante alabó la revolución francesa en lo que ella significaba como protesta espontánea y popular de los desafueros, tiranías, convencionalismos sociales y demás vejesterios del antiguo régimen; y en peor y menguada hora se le ocurrió entonar un elevado himno a la «Crítica de la razón práctica» del más grande de los filósofos modernos. Esto era a las primeras horas de la noche. No había abierto el día, cuando los desuellacueros se lanzaron hambrientos, como cuervos en buitrrera, al negro festín que les había deparado el diablo. Echanse a la calle; barren con sus rozagantes vestes el cieno de las por el meritísimo Municipio que nos desgobierna-

aseadísimas aceras; llegan chorreando sudor y cazcarrias no sé a qué altos o bajos domicilios. Hieles verdinegras babeaban por los venerables labios. Hay que poner coto a tamaños desmanes. Hay que atar corto a ese señor, que venido de fuera, pretende alborotar nuestro apacible y secular sosiego, y quiere despertar nuestra claustral y tradicional siesta. Fórmese una comisión de personas graves y leídas que entiendan en el asunto, se enteren, pesquisen, inquiren, investiguen, escudriñen, inquisicionen el hecho. ¡Cómo! ¿Y que se ha de sufrir que se lea y se ponga en las nubes ese engendro infernal del endemoniado filósofo de Koenigsberg? Que nos saquen los ojos si alguna vez miramos por el forro ese librote, ni ganas que tenemos, ni paciencia para soportar a cleriguillos atrevidos que se apacientan con tan desalmados libros.

—Pues, señores, osó apuntar a media voz un compañero, menos lucio que los demás, bien que algún tanto más desojado a puro leer y estudiar; pues, señores, si no han leído a Kant, ¿cómo se arrojan a juzgarle y a juzgar al que le ha leído?

—¿Hay por ahí algún ejemplar?, dijeron dos o tres, algún tanto abochornados

y un muy mucho amaratados de ira y celo santo.

—Sí. Aquí se dejó uno un judío extranjero, profesor conocido de algunos de ustedes.

—¡A verlo!

.....
—¡Está en alemán!, marmotearon a media voz, la boca un palmo, la color más blanca que el papel del libro que veían abierto delante.

—Pues, amigos míos, el que se quiera tomar con don Julio Cejador y Frauca, y se atreva a hombrearse con él, aprenda alemán, quémese las cejas embutiéndose por docenas los idiomas, y no los naipes, escriba las obras que él ha escrito a tomo por año; y en el entretanto, y antes y después cósase la boca a dos cabos en lo que no le llaman; dése media vuelta sobre sí, despójese de hábitos farisáicos; y cuando haya pasado la vida, como él, transido de amarguras y trabajos, único galardón del darse al estudio, y bien afianzado en sus convicciones católicas, contrastadas por el infortunio, por toda suerte de lecturas y trato de gentes, y por la envidia y ningún arrimo de los de su clase, que le debieran haber guardado las espaldas y apoyado, y no han he-

cho más que roerle los zancajos, cuando bien pertrechados corazón y cabeza, pueda y tenga derecho a hablar, hable, y hable de Kant y de cuanto le viniere a la boca.

Y desfilaron corridos, cual gozquejo apaleado, rabo entre piernas.

UN ANTIFARISEO

“SOMBRAS CHINESCAS”, DE LUIS VALERA

«Sombras chinescas», recuerdos de un viaje al celeste imperio. No había yo leído nada de Luis Valera, ni siquiera sabía que era hijo de nuestro insigne maestro Juan Valera. Abrí el libro, leí dos párrafos y dije para mí: éste se ha formado en don Juan Valera. Engolosinado por el estilo del maestro, que tan impensadamente hallaba en un autor que además de no tener con él relación alguna, según yo pensaba, coincidía con que llevaba el mismo apellido, fui recorriendo página tras página todo el tomo, lo comencé desde el principio, leí el tomo segundo. Era sorprendente: la misma nitidez y claridad, el mismo aticismo, la misma riqueza de términos castizos y propios, los mismos giros, el mismo corte de frase, la misma puntualidad y precisión para que nada falte y nada sobre en la expresión del pensamiento.

Ahora que conozco la cepa, algo satisfecha queda ya mi admiración; no tanto, sin embargo, que no me haga discurrir sobre lo que en don Luis ha podido haber de es-

píritu imitativo y de escuela y lo que de su padre haya podido heredar. Es un caso digno de estudio, que no me meto a profundizar porque no soy fisiólogo. Lo que sí me atrevo a decir es que tenemos Valera para rato. Ya estaba yo sintiendo la vejez del maestro, que, a pesar de haber conservado literariamente hablando todas sus dotes de estilista, de crítico y de pensador hasta los últimos años, era de temer nos lo llevara antes de lo que España necesita. Pero ahí está el discípulo y el hijo. El día que don Juan nos deje tendremos a don Luis. Valera será, como lo es, mi autor favorito, mi maestro en el manejo del castellano, en el gusto exquisito, en el optimismo sereno del pensamiento.

Hay quienes hablan y escriben a borbotoneo, porque la idea al pasar del cerebro a la lengua tiene que correr por filetes nerviosos, que no parecen ser más que cables eléctricos. Las palabras se atropellan y co-dean al salir, chistean los términos vivos, las metáforas deslumbradoras; el cuadro resulta modernista por todo extremo. Tal es el estilo fraguado en la bullidora sociedad en que hoy vivimos, toda electricidad, toda nervios, toda impresiones.

No es que me disguste el giro francés,

cortado, veloz, brillante, hijo del siglo; pero a la verdad, la manera sosegada y límpida, Valerana en una palabra, la tradicional española, la ingénita de nuestra lengua parece como que me descansa de la tirantez moderna, me deja respirar a plenos pulmones. Leía un autor francés paseando, apretando el paso, e instintivamente al coger un libro de Valera, tomo asiento, se me desarruga el entrecejo, se me levanta el pecho y se me estiran las piernas, descanso a mis anchas.

¿Es efecto del estilo? Y del pensamiento, encarnado en él. Cada alma tiene su voz, cada personaje su vestido y cada manera de pensar su manera de expresarse. A la sosegada fluidez del estilo responde en los Valeras la placidez del movimiento discursivo y a ésta la serenidad de los sentimientos. Es un cielo sin nubes y sin sol abrasador, no es el amortecido decaer de la tarde, como no es el deslumbrante y ardoroso mediodía, ni la melancólica calma de una noche de estrellas y luna, ni aun siquiera el virgíneo y fresco alborar de una mañana de primavera; es el cielo, la temperatura, el momento del día perennizado para siempre en que debían de vivir los dioses en el Olimpo, si Olimpo y dioses a

Lo griego se hubieran dado en este mundo o en el otro. Para mí, don Juan Valera es el clasicista castellano más intachable. Los que han oído hablar de aticismo y gusto helénico y no pueden leer el griego, que lean a Valera, y aunque por otras miras sean adversarios de lo clásico, por habérseles dado como clásico lo que no es más que pseudo-clásico, no podrán menos de convenir en que el clasicismo es una gran cosa, si clásico es Valera. Que si Valera no les gusta, ya pueden renunciar a entender ni gustar lo clásico. Para muchos un autor clásico es un hombre cicatero en el escribir, un sastre que recorta cien veces las piezas y hasta los patrones, que arrincona las tres cuartas partes del diccionario, dejando unas palabras por viejas, otras por demasiado nuevas, otras por plebeyas y vulgares. Eso no es un clásico. Los hubo así que por tales se tuvieron ellos mismos y aun que por tales pasaron. Lo clásico es lo natural, sin derroches ni mezquindades, que no pueden ser sino muy artificiales. Y esto pronto se dice y tarde o nunca se alcanza. Escribir como Dios manda, sin remangarse los puños ni enguantarse las manos, es decir, a la pata la llana, aunque con corrección, propiedad y sabiendo bien el castella-

no, es lo más difícil. Un tío de tierra de campos, un burgalés de capa parda os hablará en castellano puro. Que le coja un taquígrafo todas sus palabras; pero que venga después quien enjarete sus frases, a las veces cortadas y encajonadas unas en otras con incisos dentro de incisos; que se le quiten las repeticiones: ese estilo será castizo, correcto, propio. Claro está que el escribir es arte y el arte añade a la naturaleza perfeccionándola; pero no desmochándola ni pintorroteándola con afeites y menjures. Saber dar ese añadido, conservando todo lo natural bueno, es ser artista.

El castellano encierra en sí tales tesoros de colorido, de vigor, de poesía, que es el que menos necesita de parte de los escritores, con tal que estos conozcan bien esos tesoros y sepan sacar de ellos partido.

No hay idea que no se pueda expresar en cualquiera lengua; pero si ésta es pobre habrá que dar mil rodeos y combinar los elementos de que dispone y aun así y todo nunca se logrará lo que otras lenguas más ricas y poéticas dicen en una sola frase o en una sola palabra. Esas lenguas pobres piden buenos ingenios. El castellano posee una riqueza de palabras, de expresiones, de metáforas, que negro se vería Víctor Hugo

para decir las y aun para pensarlas en francés. *Lloraba a mares o estaba hecho un mar de lágrimas, salió echando venablos o echando chispas, vete con cien mil de a caballo o con cien mil demonios, corría como gato por brasas, sudaba pez coca o el quilo, reía a mandíbula batiente o se descostillaba, se destornillaba de risa, no descosió los labios, se subió a la parra, se amostazó, se amoscó, se atufó, se sulfuró, se emperró, se amilanó, se atoró, se avisgó, le engatusó, le sorbió el seso, le solfeó las espaldas, escupía por el colmillo, se bebía los vientos.* No hay lengua ni ha habido poeta que tales cosas y otras mil haya imaginado o dicho : son cosas que sólo el castellano ha fantaseado y dicho y redicho hasta quedar como frases vulgares que ni llaman siquiera la atención.

Nuestros maestros modernos en el habla castellana, Valera, Menéndez y Pelayo, Federico Balart, Leopoldo Alas, Pereda... han sabido llevar a la literatura esas perlas del lenguaje popular, algo mejores que todas las piedras preciosas, pero artificiales, que ahora se preparan en el crisol, y a las cuales pudieran compararse las que menudean en sus estancias, para deslumbrarnos, los poetas modernistas.

EL CRITERIO HISTÓRICO

De la «Vida intelectual en la América Española», antes de su independendencia, trató el argentino Vicente G. Quesada (Buenos Aires, 1917), tocando apenas lo concerniente a Chile.

Hermoso intento completar este estudio llenando esa laguna, si hubiera vagar para ello. Pero deseando complacer a la Dirección del «Correo de España» (1), que me convida a tomar parte en el recuerdo del centenario que va a celebrarse del descubrimiento hecho por Magallanes de su célebre estrecho, solo me ocurre hacer algunas observaciones al libro del señor Quesada, que creo de gran oportunidad en todo tiempo, para comprender la obra civilizadora de España en América.

El criterio histórico del señor Quesada no es peor ni mejor del común de los demás escritores que han tratado estas mate-

(1) Nota del editor: Ignoramos porqué no fué enviado este trabajo, encontrado entre sus papeles inéditos y con esta indicación: «Para el Sr. Silva».

rias; pero de un tan serio pensador esperábase algo nuevo. Trata de la legislación colonial sobre imprenta y comercio de libros, y ante todo, de las ataduras que en la misma península se pusieran a la imprenta. A la «intolerancia religiosa» atribuye, en gran parte, «la decadencia española» y «la lenta mengua de su influencia en la civilización».

Apocar de este modo lo que la civilización debe a España es mostrar ya un criterio sobradamente antihispanista, y atribuir esa que él cree menguada influencia a la intolerancia religiosa, es mostrar no menos un criterio hartamente sectario. Los españoles tuvieron sus motivos, y muy graves por cierto, para ser intransigentes en materia religiosa, y el principal fué querer evitar a España las sangrientas guerras religiosas que devastaron el resto de Europa, cosa que enteramente se logró, como no se logró en otras naciones, donde fueron todavía más intransigentes. Compárese a Felipe II, símbolo de la intransigencia religiosa en España, con Isabel de Inglaterra y los martirios y persecuciones que ésta ejecutó con lo que Felipe II hizo, y muy ciego ha de ser el que mantenga ese falso criterio sobre nuestra intransigencia religiosa.

Del influjo de España en la civilización ya se ha contestado durante un siglo al señor Masson, que lo puso por primera vez en duda, y no es cosa de disertar en punto tan claro, que la primera en clamar en contra sería toda la América española, por España civilizada, y las tres cuartas partes del mundo descubiertas por la gente hispana, con todas las consecuencias para las ciencias naturales, la náutica, la geografía, la filología, que de ese hecho se desprenden.

Pero hay un párrafo que debo copiar :

«Escritores hispanos, miopes de inteligencia, han pretendido que España se había desangrado con la conquista y colonización de América, de manera que el descubrimiento de ésta había sido la causa principal de su innegable decadencia, explicada y disculpada como el voluntario agotamiento de una madre que debe amamantar una prole excesiva, sacrificando la propia salud antes que debilitar a sus vástagos, por numerosos e involuntariamente exigentes que éstos sean; tesis semejante conduciría a la errónea conclusión de que las jóvenes naciones americanas tienen algo como una deuda de gratitud para con la madre patria.»

Yo creo que, exageraciones aparte, en eso

de haberse agotado España por poblar la América, es indiscutible que su despoblación en algo se debió a ello, y creo no menos que América tiene algo que agradecer a España, por mucho que se quiera regatear. Ponerse a regatear en ello es de almas tan chicas que ni siquiera se nos ocurre a la gente de nuestra raza.

Y sin embargo, no sólo regatea y se pone a deslindar el tanto más cuanto el señor Quesada, sino que afirma resueltamente: «Pero tal tesis no es exacta; no diré que España fuera madrastra para con sus colonias de América, pero sólo fué una madre que no ahorró esfuerzo para que tal prole sirviera «pura y exclusivamente» para provecho y beneficio suyo.»

Madrastra y tirana se la llamó por muchos años a raíz de la independencia. Algo se ha amainado hasta llegar a la afirmación del señor Quesada. Pero esa afirmación es históricamente falsa. Eso sería haber conquistado América para exclusivamente explotarla, como han hecho los ingleses en todas sus colonias. La colonización española no fué una explotación. Las Leyes de Indias, el Consejo de Indias, los escritos todos que sobre América se conservan, desmienten a voz en cuello tama-

ña afirmación, pues todos se ocuparon del bienestar de los mismos indios, no sólo de los españoles y criollos. Los escuadrones de misioneros y los territorios por ellos civilizados, que, por cierto, han vuelto en gran parte desde la época de la independencia al estado salvaje, lo proclaman manifiestamente.

¿Por qué se llevaron negros a América, sino por verse que el indio, débil por naturaleza, no era para los recios trabajos? ¿Dónde quedan todavía indios sino en las colonias españolas? ¿Dónde están los de las colonias inglesas?

Si en pleno siglo XX hay extensas regiones con indios por civilizar en América, en tiempo de los españoles apenas quedaba rincón adonde no llegasen los misioneros. Difícil es ir acorralando al gaucho a fuerza de potreros y granjas, hasta que no quede uno a vida; pero más difícil era lo que los españoles hacían, no acorralar a los indios en sus últimos rincones, sino civilizarlos y hacerlos entrar en la sociedad común cristiana.

«Gratitud» en castellano dícese por otro nombre «reconocimiento». Ese párrafo del señor Quesada tira a desconocer, a echar en olvido, a negar, en vez de reconocer lo

que basta tener ojos en la cara para verlo, que si España benefició las tierras de América, civilizó a sus indios y fundó ciudades tan civilizadas como las que más, y que los españoles que allá pasaron y allí asentaron son los padres de los que ahora allí viven. Desconocer este hecho y no otra cosa es afirmar que los americanos no deben gratitud ninguna a España y que España, si no fué madrastra, tampoco fué madre, sino «pura y exclusivamente» explotadora de América. Cualquiera diría que los españoles que allá se quedaron, cuyos descendientes son los que hoy allí viven, no habían sido españoles, sino gentes extrañas por españoles explotadas. Por otra parte, decir que España no fué madrastra, sino explotadora, es querer echar tierra a los ojos para que no vean, llenando con lo mismo los oídos de los así cegados. Si fué explotadora, madrastra fué y mala madre, que sólo miró por sí y no por sus hijos. Pero España, como por sus leyes y determinaciones se vé, miraba al bien de los americanos todos, indios, criollos y peninsulares; los desafueros que allá los particulares pudieron hacer no se deben achacar a la nación, sino a los que los hicieron que no fueron los que acá quedamos, sino

los padres de los que hoy allí viven. En suma, que hablar los americanos contra los particulares explotadores es hablar contra sus propios padres, no contra los españoles que acá se quedaban proveyendo leyes admirables que los de allá no siempre practicaron.

Gratitud debe América a España y el que lo desconozca es un desconocido, un ingrato.

Llegando ya a lo que a América atañe, cifra el señor Quesada su juicio en estos párrafos (pág. 48) : «Tres causas poderosas concurrieron para impedir el progreso de las inteligencias: el rigor tiránico e irresponsable de las censuras, eclesiástica y civil; el aislamiento e incomunicación a que estuvieron condenadas, bajo el sistema de comercio implantado por la metrópoli; y, por último, la falta de estímulos para las tareas intelectuales y de público que las apreciase y las adquiriese.»

No hay tratar este punto de la cultura americana sin que se nos venga luego a los ojos el fantasmón de la censura de imprenta, cuando no se añaden errores de crítica histórica como estos que añade el señor Quesada (pág. 47) : «Las ciencias profanas fueron así heridas (por la censura)

de muerte; se mató el espíritu indagador y científico; se cortaron las alas al pensamiento, bajo el ojo avizor y temible de la santa inquisición, puesto que a las dolorosas labores de la producción literaria se privaba de toda espontaneidad por el temor de la pena de muerte, si se condenaba como herético el pensamiento.»

Si la censura es un fantasmón, estas añadiduras son como el olor a piedra azufre y llamas y ruidos de cadenas con que los autores que las emplean pretenden convertir la censura en fantasma y visión de diablo con cuernos y rabo salido del infierno. Las ciencias son conocimientos de tejas abajo que ninguna relación tienen con la teología o ciencia de tejas arriba, que es en lo único que cabe lo herético y la intromisión inquisitorial. De hecho las ciencias brillaron en aquel tiempo en España como en ninguna parte y nadie fué inquietado por su ciencia, si no se metía a herejizar, es decir, a disparatar como teólogo, ni se puso en el Índice libro alguno de pura ciencia. En lo que se apretaba y avizoraba era en doctrinas religiosas; en lo profano, la manga era tan ancha, aun tocante a las costumbres, que se permitieron libros de entretenimiento que hoy nos es-

candalizan. El dogma nada tiene que ver con el espíritu indagador y científico. El mismo Felipe II era un apasionado de las matemáticas. En materia científica sólo se persiguieron y quemaron en España los libros de hechicerías y de astrología, que nada tienen de científicos. Azufre a narices, es, pues decir que «La tiranía ejercida por el poder de la inquisición tenía que producir el atraso y el oscurantismo, por preferir los prudentes dar la espalda a los libros, para no encontrarse con un auto de fe.»

Vengamos ya al fantasmón. Fácil es condenar aquella censura y bordar un artículo de periódico con frases ya viejas de la revolución francesa acá, haciendo retumbar a cada momento las palabras «libertad, tiranía, progreso, oscurantismo» y otras de esta laya. Pero es harto más dificultoso y más arriesgado a quedar en descubierto y cual necio embaucador sacamuelas, ahondar en las causas que hubo para la tal censura, estudiar el hecho histórico en la misma sociedad e históricas circunstancias en que sucedió, no poniéndolo en las circunstancias presentes o tratándolo en abstracto, fuera de todo tiempo y lugar.

¿Quién duda que lo mejor sería no hubiera necesidad de censura ni ley alguna

en esto de imprimir como en todo lo demás? Así, en abstracto, puédesse condenar la censura y puédense condenar todas las leyes, puesto que coartan la libertad humana, poniendo vallas por ellas los hombres al libre albedrío que Dios hizo enteramente libre.

La censura de imprenta, que en España sólo tocaba al dogma, se estrechó más en las Indias, extendiéndose a las costumbres y a los libros de entretenimiento que pudieran mellarlas en los tiernos ánimos de los indios recientemente convertidos.

Semejante intento se halla claramente expresado en toda la legislación de Indias y documentos oficiales. En otras partes ni siquiera se les ocurrió pensar lo que a los indios sería o no provechoso, sino lo que hacia al interés de los que iban a explotarlos. En España se estudió detenidamente la capacidad del indio, sus naturales cualidades y conforme a ellas se legisló en su provecho, aún contra los intereses de encomenderos y españoles.

Con este espíritu de humanidad y teniendo cuenta con el fin de la salvación de las almas de los indios legislaron y obraron nuestros reyes. Semejante intento es innegable. Lo que podrá discutirse es si esta-

ba bien se mirase al bien espiritual de los indios, como de los demás súbditos de la monarquía, o no fuera mejor prescindir de ello y mirar tan sólo a la prosperidad material de la nación.

Comprendo que a los indiferentes en religión les parezca esto segundo lo únicamente aceptable. Pero debieran ellos conceder a los católicos el que les parezca más aceptable su católico criterio. La doctrina católica nos manda que no solamente el individuo como tal rinda a Dios el homenaje debido, sino que se lo rinda no menos la sociedad como tal, que debe ser cristiana. Enseña además que en el hombre es inseparable el bienestar material con el ejercicio espiritual de la virtud y de los deberes religiosos, por manera que el príncipe debe mirar a entrambos fines a la vez. Los que sólo miran al bien material critican a nuestros reyes el que mirasen también por el bien espiritual de sus súbditos. Creo yo tendrían más razón los católicos al reprocharles a ellos el distinguir y separar en la sociedad y en el hombre dos cosas que forman una sola y el cuidar solamente del bien material de los súbditos, que es el menor y subordinado al espiritual y de todos modos no es el bien completo del hombre

y de la sociedad, sino de una sola parte.

Y hay que colocarse delante de la España de entonces, católica y unida en ideas religiosas, frente a la división religiosa de los otros pueblos que los traía trabajados y estragados en guerras civiles por falta de esa unidad. Por conservarla, como principal causa de la paz y grandeza de la nación, se impuso la censura en la península: no es mucho se apretara y apurara más la censura en las Indias, donde no sólo la licencia en el dogma, sino la licencia en las costumbres de los cristianos españoles podía embarazar la conversión y las buenas costumbres de los neófitos.

Y nótese que ésta era ya una razón enteramente política y que tocaba al oficio real y no algo exclusivo del poder espiritual. Tan unidos van los dos fines espiritual y material de que hemos hablado.

Y ya en este terreno es cuando podemos preguntar al señor Quesada y a cuantos compartan sus opiniones, ¿qué hubieran hecho ellos en aquellas circunstancias del siglo XVI?

Yo les supongo bien enterados de ellas, aun cuando al oírles discurrir se me ocurre que no lo están tanto como fuera menester y que discurren como para el siglo XX.

A pesar de todas las prohibiciones, los libros enciclopedistas llegaron a las bibliotecas de no pocos americanos y las ideas en ellos aprendidas fermentaron dando como fruto la revolución americana. Comprendo que los americanos tengan por un bien aquella revolución; pero ellos comprenderán que los españoles la tuviesen con razón por un mal, ya que partía en dos la nación española apartando para siempre una gran parte de la monarquía.

Y no digo de «las colonias»; porque en España siempre se llamaron «las Indias», y teníaselas como parte tan sustancial de España, que se dió el nombre de «Nueva España» a Méjico, el de «Nueva Granada» a Colombia, etc., etc., y se hablaba del «reino de Méjico» y del «reino del Perú» como del reino de Aragón y del principado de Cataluña, y tan virrey era el de Lima y el de Méjico, como el de Nápoles. No eran las Indias establecimientos de explotación ni almacenes comerciales de los españoles; eran tierras tan españolas como la Mancha y a nadie se le ocurría que los criollos no fuesen tan españoles como los labriegos de Castilla. Que las leyes hiciesen distinción de clases allí como en la península en cargos y cargas tampoco es para mentarlo si-

quiera. No se tenía a los criollos como en sometimiento particular, como ni a los mismos indios se les tenía. Los príncipes de sangre real americana eran acá considerados como de la aristocracia, a los criollos que sabían elevarse no se les menospreciaba por serlo. La igualdad democrática, dentro de las diferencias sociales, fué siempre en las gentes de nuestra raza tan admitida que ni comparación tiene con lo que pasa en otras partes.

Volvamos al tema: ¿Qué hubiera hecho el señor Quesada políticamente en el siglo XVI? Si la introducción de libros extranjeros partió la raza en dos en el siglo XIX, ¿cuánto más la hubieran partido en aquel siglo de luchas y divisiones religiosas? La división se ahogó en España con unos cuantos insignificantes autos de fe, que ni que ver tienen con los ríos de sangre que corrieron en otras naciones por no haberse hecho tales autos a tiempo, ¿cómo no iban nuestros gobernantes a temer de lo que con esas divisiones hubiera podido ocurrir en América?

En paz y grande unidad vivieron en América durante tres siglos, no costando tan incomparable bien más que la frivolidad de no dejarles leer algunos libros mal-

sanos que no podían llevarles gran cosa de cultura. Que la censura les llevase alguna molestia para imprimir sus libros; pero ¿no pueden darse esas y otras mil mayores molestias por la paz y tranquilidad durante tres siglos?

El día que llegaron esos libros revolviéronse los humores, y por el capricho de haberlos saboreado unos cuantos, se siguió todo un siglo de guerras civiles, de tiranías y caudillajes.

Se me dirá que también se siguió la cultura presente. Pero ¿acaso creen que, a seguir siendo española, no hubiera llegado América a la cultura que hoy tiene? Las cosas cambian con los tiempos, y como cambió España y cambió Cuba, hubieran cambiado las demás regiones americanas. ¿Tiene que envidiar durante el siglo XIX la cultura de Cuba española a la cultura de las Repúblicas independientes? De las guerras fratricidas de ellas vióse libre Cuba española. ¿Qué ataduras se puso en Cuba a la cultura? Pues esas hubieran tenido las demás regiones americanas, siendo españolas.

El mismo señor Quesada, después de hacer ahinco en las dificultades que los americanos tenían para imprimir sus obras, que,

por cierto, más se debían a la distancia y falta de papel que no a la revisión de los manuscritos por el Consejo de Indias, no puede menos de recordar cuánto florecieron las letras en Méjico y el Perú, sobre todo, repitiendo noticias de Icazbalceta, Pimentel, Vergara y otros.

¿Que se publicó poco de cosas de América durante los tres siglos que fué española? ¿De qué otras colonias del mundo (llamémoslas así, con ellos, a nuestras «provincias» y «reinos» de América) se escribió y se conserva tanto impreso? La vida de un hombre ni de diez basta para leerlo. Cada día se están descubriendo libros impresos y desconocidos, no menos manuscritos, y unos y otros se reimprimen, formando todos una inmensa pirámide que desmiente lo de «por qué se publicó tan poco relativamente a las cosas de América durante el largo período de la denominación española.»

De Chile, donde las comunicaciones fueron las más dificultosas y donde no había imprenta, se conocen tantas historias y relaciones que ni el infatigable José Toribio Medina ni el escuadrón de eruditos chilenos que le precedió se han dado manos a poder recopilar todavía del todo.

¿Qué más podía escribirse de Chile, ni llegar hasta nosotros de lo que ha llegado? Los ingenios que valen no quedan jamás ocultos por esas dificultades de publicación, que, al fin y al cabo, sin censura, hubieran sido casi las mismas. «Por la carestía del papel (decía el primer obispo mejicano, Zumarraga, escribiendo al Emperador en 1538), que esto dificulta las muchas obras que acá están aparejadas y otras que de nuevo habrán de darse a la estampa, pues que se carece de las más necesarias, y de allá son pocas las que vienen.» ¡Cuántos versos prosaicos quedaron inéditos! Así pudiera lamentarse el señor Quesada, puesto que prosaicos son los más de los que se publicaron. ¡Crear que fueron segados en germen muchos grandes ingenios por la censura! Cuando los hubo, brillaron, y los Alarcones e Incas Garcilasos, los Pedros de Oña y Juanas de la Cruz, bien se dieron a conocer.

«Nunca hubo como entonces en Nueva España — dice Pimentel, del siglo XVI —, tan pasmosa multitud de varones doctísimos en cuantos ramos abarca el humano saber.» «La poesía en el mismo país—añade Quesada—, en el siglo XVII, fué abundante. Durante el largo período de la do-

minación española se escribía en México en castellano y en latín, en cuyo estudio se ponía singularísima atención. Hubo prosistas de fama y no pocas poetisas.»

Bien se ve lo que la censura ni la Inquisición embarazaban a la cultura. Sin Inquisición ni censura, creo no se escriba ahora tanto en Méjico, por lo menos en latín. Y no es cosa tan despreciable esto del latín, cuando, donde no se estudia, la cultura baja siempre inevitablemente. En América, como en España, si no se dieron a conocer más ingenios, es porque no nacieron, y cierto no se dieron tantos ni tan notables en ningún reino como en la Monarquía española. Lo cual no quita para que con toda frescura nos diga el señor Quesada que «la tiranía ejercida por el poder de la Inquisición tenía que producir el atraso y el oscurantismo, por preferir los prudentes dar la espalda a los libros para no encontrarse con un auto de fe».

Efectivamente, los libros debían de ser mercancía sospechosa en España por miedo a la Inquisición; pero los inquisidores y los frailes eran los que más libros publicaban; y Felipe II, el oscurantista, juntó en El Escorial la más rica biblioteca que no juntó nadie en aquel ni en otros muchos si-

glos; y la bibliografía española fué entonces de lo más rico y fecundo que pueda imaginarse, no en catecismos precisamente, sino en libros de todo linaje de materias.

Pero, así se escribe la historia, cuando se lleva un tema en la cabeza.

Y volviendo al nuestro, el sano criterio histórico pedía se estudiase porqué los mismos Reyes Católicos, que en 1480 abrieron las puertas de España a todo libro, fuérase el que se fuera, y los eximió de todos derechos, poco después, en 1502, dieron otra ley tan opuesta, prescribiendo formalidades a la impresión de obras y estableciendo la censura.

¿Tan necios eran los Reyes Católicos que así mudaban de parecer en pocos años? Alguna grave razón política tendrían al mudar así de parecer. ¿Por qué no se averigua y se encamina seria y serenamente esa razón? Con llamar «liberalísima y sabia» a la primera ley no basta, ni menos con tener por retrógrada y oscurantista a la segunda.

El pensamiento de los Reyes Católicos en cuanto emprendieron fué la unificación de las fuerzas nacionales, desparramadas durante los anteriores reinados. Y en la unión está la fuerza, como la flaqueza y

la desidia traen consigo la división y desparramamiento hasta la pulverización. Los Reyes Católicos hicieron fuerte, poderosa, a España, uniendo todo lo dividido, fundando la Monarquía verdadera, apretando en un solo haz todas las fuerzas vivas. No sólo unieron Aragón a Castilla, sino que enflaquecieron a la aristocracia en favor de la unidad política, reforzando el poder real. Echaron a los moros del poder, sometieron a moros y judíos, que eran verdaderas potencias en la España medieval, y su deseo hubiera sido desterrar de España entrambas razas para dar unidad étnica a la nación. Hicieron cuanto estuvo en su mano: echaron a los judíos y prepararon el terreno para que otro su sucesor echase a los moriscos. Debatida medida política ésta entre los críticos; pero que respondía a un alto propósito político de los Reyes Católicos y de los que le sucedieron con el mismo plan. La Inquisición había de ser la depuradora de la raza, y, por lo menos, el baluarte de la unidad religiosa, fundamento de la unidad política. Fueron profetas en esta parte, pues a poco la división religiosa ensangrentó a Europa, y ese baluarte conservó la paz en España. La Inquisición, fundada contra moros y ju-

díos, sirvió después contra los innovadores protestantes.

De nada hubieran servido todas estas obras, que tiraban a fortalecer la unidad nacional, si se dejaba abierta la frontera a todo linaje de libros y se permitía escribir heterodoxamente sobre religión, cuando se pretendía evitar la heterodoxia en pro de la unidad religiosa y nacional. Si toda España era católica, la unidad nacional y religiosa, la paz de la nación, la unión de las ideas en que está la fuerza, cosas eran fáciles de conseguir: no permitiendo que acá entrasen las ideas de división religiosa, que para los Reyes Católicos podía temerse de moros y judíos, y para sus sucesores era todavía más de temer de los protestantes. Y esas ideas, por los libros, podían venir y esparcirse. De aquí la censura. Los Reyes Católicos, al abrir primero las fronteras a todos los libros, miraron por la cultura nacional; pero después vieron que sobre la misma cultura estaba la unidad nacional de las ideas, sin la cual no se concibe unidad de obrar. Ni siquiera iba contra la cultura aquella censura de libros, ya que, ciñéndose al dogma religioso, dejaba libre de trabas la ciencia y el arte literario, que de hecho, con todos los

Indices, censuras y cortapisas, florecieron desde entonces en España como en ninguna otra nación.

Los sucesores de los Reyes Católicos continuaron la misma política y la aplicaron a las Indias con mayor cuidado por la distancia y nuevos peligros que tanto a los indios recién convertidos como a los españoles, alejados de la madre patria, ofrecía la divulgación que los novadores trabajaban de hacer por aquellas partes de sus doctrinas y libros.

Que a veces se extremaron las medidas, que hubo abusos, que todo ello retardaba y embarazaba la impresión de obras en España y más en las Indias, cosas eran inevitables y de sentir; pero sobre las cuales estaba el bien común y general de toda la Monarquía.

Así vistas las cosas, ya no parecen tan absurdas, no ya al católico, pero ni al simple político que no sienta sistemáticamente mal de España.

Que ésta es la madre del cordero. El señor Quesada ha escrito y publicado «La vida intelectual en la América española durante los siglos XVI, XVII y XVIII». El título no responde al contenido. El contenido pudiera decirse que es hacer ahinco

en los obstáculos de España para que no hubiera vida intelectual en América. Este intento del autor se ve en estas palabras:

«De manera que, a pesar de la retrógrada legislación colonial referente a la imprenta, «no se pudo hacer enmudecer a los americanos». Según este criterio, España trató de hacer enmudecer a los americanos. Y eso no es criterio histórico, es tesis y falsísima tesis histórica. El libro debiera haberse titulado «Empeño de España por que en las Indias no hubiese cultura intelectual». Escribiéndolo así, el autor hubiera sido sincero, aunque errado, y los lectores no se llamarían a engaño.

La vida intelectual en la América española la trataron muy cumplidamente Pimentel e Icazbalceta, cuanto a Méjico; Vergara, cuanto a Colombia; José Toribio Medina, cuanto a Chile; Ricardo Rojas, cuanto a la Argentina, para no recordar más que las obras principales y de conjunto. Recopilar todas ellas en un libro y completar la materia, es lo que pedía el título de la obra del señor Quesada.

Así se comprende que de Chile no tenga nada que decir, a pesar de la magnífica «Historia de la literatura colonial de Chi-

le», en tres volúmenes, publicada por José Toribio Medina.

Pero también se comprende así que nos diga el señor Quesada, remachando el clavo de su verdadero intento: «Tampoco pudieron las leyes prohibitivas impedir que, a pesar de sus disposiciones, se reuniesen buenas librerías.» Como si lo que se trataba era de que no las hubiese en América. Y, efectivamente, del registro de los libros que allá pasaban dice el señor Quesada: «Estas trabas morosas «tenían, sin duda, por mira» hacer difícil el comercio de libros, de manera que en las Indias no pudiesen instruirse por medio de la lectura, ni publicar el fruto de sus ingenios, sino después de vencer todos los obstáculos que minuciosamente he referido.»

España quería, pues, que no se instruyesen por medio de la lectura los americanos. Peregrina manera de interpretar las Leyes de Indias. ¿Puede darse semejante criterio histórico en un autor, sin una honda aversión a las cosas españolas? Y, sin embargo, es tal la grandeza de miras de nuestras Leyes de Indias, que el mismo Quesada no puede menos de confesar que «Las leyes de Indias son muy superiores a las de su época en otras naciones y re-

velan un constante propósito levantado en la corona española y en favor de sus colonias americanas... La legislación francesa para sus colonias americanas fué tan poco liberal como la española... Es preciso decir con franqueza que este código, por el criterio que ha guiado sus disposiciones, por los propósitos que las inspiraron y por el método, es superior a la compilación francesa. Más levantadas, más serias, son sus tendencias, y mucho más completa es la legislación española para las Indias.»

Cómo se compagine esto con las citas anteriores, no lo sé. De Francia no se atrevería a decir el señor Quesada que su legislación «tenía que producir el atraso y el oscurantismo», ni que miraba a que no se instruyesen por la lectura los de sus colonias, ni que se proponía hacerlos enmudecer, todo lo cual afirmó de nuestra legislación. Y, sin embargo, nuestra legislación es superior a la francesa, y más levantadas, más serias, sus tendencias.

Ateme esos cabos. El criterio que domina en la obra del señor Quesada es, en suma, el que repite en otro lugar: «Con esas miras se mantenían las leyes retrógradas que cito sobre el comercio de libros, «para que no pudiesen instruirse y la ig-

norancia les hiciese más llevadero el yugo».

Si tal hubiera sucedido, no veo qué levantadas y serias intenciones eran las de España, pues semejante intento, exclusivo es del tirano y de la madrastra y justificaría lo que el señor Quesada dice: que América no tiene la menor deuda de gratitud contraída para con España. «Si la imprenta estaba agarrotada, si los libros eran considerados como enemigos, cuál podía ser la educación de sociedad semejante, cuál su producción, cuál su desenvolvimiento mental?»

Así se pregunta el señor Quesada, con el criterio histórico de dos fundamentos falsos de que la imprenta estaba agarrotada y de que los libros eran considerados como enemigos.

He combatido sucintamente en las anteriores consideraciones el libro del señor Quesada, por haberse publicado poco ha, el año 1917, y con una introducción de Horacio Ramos Mejía, conviniendo uno y otro en este criterio histórico falso, fundado en cierta aversión contra España que es hora desaparezca para bien de España y de América. Lo pide la concordia de todas las gentes de nuestra raza y lo pide la verdad histórica. Siento que mi filípica haya sido

enderezada contra escritor tan ilustre como el señor Quesada; pero mi intento no ha sido otro que el de hablar en general sobre semejante criterio histórico, poniendo ejemplo cabalmente en uno de los más autorizados escritores representativos de la presente cultura americana.

A Dios gracias, muchos otros van mudando ya de criterio; pero es un dolor que todavía inspire plumas tan graves y autorizadas.

Los americanos necesitan amar a España, si quieren escribir su historia, de la cual forman parte principalísima los orígenes, los tres siglos que fueron parte de la Monarquía española. No puede escribirse un asunto sin tenerle cariño, y tres siglos de historia americana no se podrán historiar si no se ama a España. Por falta de ese cariño se ha llegado a los mayores extremos. No faltan en Chile quienes han proclamado que los chilenos no son latinos.

«No simpatizan con el chileno los pueblos latinos porque no somos de la misma naturaleza y, por lo tanto, no nos comprendemos.»—*Doctor Palacios*. («Raza Chilena», Santiago, 1917.)

«No hemos tenido propiamente influencias latinas, por lo que no hay ningún

motivo que permita creer en aquella pretendida comunidad de origen entre chilenos y latinos de Europa.»—*Galvarino Gallardo Nieto*. («Neutralidad de Chile», Santiago, 1917).

Ni siquiera se trata aquí de raza española, sino de la latina, y eso para afirmar que no pertenecen a ella los chilenos.

Semejantes extravíos no pueden ayudar mayormente a la unión de España y de América ni disponer el criterio para que pueda escribirse imparcialmente la historia americana.

Por fortuna, Andrés Bello, padre y alma de la cultura chilena, maestro de pueblos, varón de los más esclarecidos entre los hijos de América, es un dechado ejemplar que en él que los chilenos se miran, a quien acatan e imitan. La Universidad de Santiago, por él fundada, con sus sapientísimos «Anales», la más sabia revista de América, es el corazón de la cultura chilena. Con tal Universidad y con tal maestro, el criterio histórico en Chile está seguro de no descaminarse. A Bello se debe el que en Chile hayan florecido los estudios históricos por manera tan brillante que oscurecen a los emprendidos en todo el resto de América.

INDICE

Páginas

El bello gesto de una princesa.....	3
✓ Los estudios arábigos en España.....	9
Porteros y Conserjes.....	15
Suma y sigue.....	21
Filosofías de Periquito.....	27
✓ Saineterías (I).....	35
Saineterías (II).....	39
Los desuellacueros.....	43
«Sombras chinescas», de Luis Va- lera	49
El criterio histórico.....	55

OBRAS DE DON JULIO CEJADOR

(DE VENTA EN LAS LIBRERÍAS DE
MADRID Y PRINCIPALES DE AMÉRICA)

GRAMÁTICA GRIEGA, *según el sistema histórico comparado*, Barcelona, 1900. Pesetas 25.

EL QUIJOTE Y LA LENGUA CASTELLANA. Madrid, 1905. (Agotada.)

LA LENGUA DE CERVANTES. *Gramática y Diccionario de la Lengua castellana en el «Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha»*, Madrid, 1905-1906.—Tomo I: *Gramática*, pesetas 15.—Tomo II: *Diccionario y Comentarios*. Pesetas 25.

CABOS SUELTOS. *Literatura y Lingüística*, Madrid, 1907. Pesetas 5.

NUEVO METODO TEORICO - PRACTICO PARA APRENDER LA LENGUA LATINA. Cuatro tomos, Palencia, 1907-1908; Madrid, 1926. Pesetas 24.

EL LENGUAJE. Serie de estudios, de los que van publicados los siguientes:

Tomo I: INTRODUCCIÓN A LA CIENCIA DEL

LENGUAJE. Salamanca, 1901 ; segunda edición, Palencia, 1911. Pesetas 12.

Tomo II : LOS GÉRMENES DEL LENGUAJE.—*Estudio físico, fisiológico y psicológico de las voces del lenguaje, como base para la investigación de sus orígenes*, Bilbao, 1902. Pesetas 12. (Agotado).

Tomo III : EMBRIOGENIA DEL LENGUAJE.—*Su estructura y formación primitivas, sacadas del estudio comparativo de los elementos demostrativos de las lenguas*, Madrid, 1904. Pesetas 12.

Tomos IV al XII : TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA, *origen y vida del Lenguaje, lo que dicen las palabras*. Pesetas 12 cada tomo.—Tomo IV : A, E, I, O, U, Madrid, 1908.—Tomo V : R, Madrid, 1908.—Tomo VI : N, Ñ, Madrid, 1909.—Tomo VII : L, Madrid, 1910.—Tomo VIII : SILBANTES (1.^a parte), Madrid, 1912.—Tomo IX : SILBANTES (2.^a parte), Madrid, 1912.—Tomo X : SILBANTES (3.^a parte), Madrid, 1912.—Tomo XI : SILBANTES (4.^a parte), Madrid, 1913.—Tomo XII : LABIALES, B, P (1.^a parte), Madrid, 1914.

ORO Y OROPEL, novela, Madrid, 1911. Pesetas 3.

PASAVOLANTES, colección de artículos, Madrid, 1912. Pesetas 3.

MIRANDO A LOYOLA, novela, Madrid, 1913. Pesetas 3,50.

ARCIPRESTE DE HITA, edición, prólo-

- go y comentario, dos tomos, Madrid, 1913.
- FERNANDO DE ROJAS, *La Celestina*, edición, prólogo y comentario, dos tomos, Madrid, 1913.
- MATEO ALEMAN, *Guzmán de Alfarache*, edición y prólogo, dos tomos, Madrid, 1913.
- LORENZO GRACIAN, *El Criticón*, edición y prólogo, dos tomos, Madrid, 1913-1914.
- LOS SUFIJOS INDO-EUROPEOS-TU, -TA, -TI. Madrid, 1914. Pesetas 5.
- EL LAZARILLO DE TORMES, edición, prólogo y comentario. Madrid, 1914.
- ¡DE LA TIERRA...!, colección de artículos, Madrid, 1914. Pesetas 3.
- TRAZAS DEL AMOR, novela, Madrid, 1914. (Agotada).
- EPITOME DE LITERATURA LATINA, Madrid, 1914-1923. Pesetas 5.
- MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, *Biografía, bibliografía y crítica*, Madrid, 1916. Pesetas 2.
- QUEVEDO, *Los Sueños*, edición, prólogo y comentario, dos tomos, Madrid, 1916-1917.
- HISTORIA DE LA LENGUA Y LITERATURA CASTELLANA, 14 tomos, a 12 pesetas cada uno : Tomo I : *desde sus orígenes hasta Carlos V*, Madrid, 1915. (Agotado.)—Tomo II : *época de Carlos V*, Madrid, 1915.—Tomo III : *época de Feli-*

pe II, Madrid, 1915.—Tomo IV : *época de Felipe III*, Madrid, 1916.—Tomo V : *época de Felipe IV y Carlos II*, Madrid, 1916. Tomo VI : *época del siglo XVIII* : 1701-1829, Madrid, 1917.—Tomo VII : *época romántica* : 1830-1849, Madrid, 1917.—Tomo VIII : *época realista, 1.ª parte, antes de la revolución*, 1850-1869, Madrid, 1918. Tomo IX : *época realista, 2.ª parte, después de la revolución*, 1870-1877, Madrid, 1918.—Tomo X : *época regional y modernista, 1888-1907, 1.ª parte*, Madrid, 1919. Tomo XI : *época regional y modernista, 1888-1907, 2.ª parte*, Madrid, 1919.—Tomo XII : *época regional y modernista, 1888-1907, 3.ª parte*, Madrid, 1920.—Tomo XIII : *época contemporánea, 1908-1920, 1.ª parte*, Madrid, 1920.—Tomo XIV : *época contemporánea, 1908-1920. Fin y Apéndices. Diálogos del euskera y origen del castellano*, Madrid, 1922.

EL CANTAR DE MIO CID Y LA EPOPEYA CASTELLANA, *estudio crítico*, New York-París, 1920. Pesetas 25.

LA VERDADERA POESIA CASTELLANA, *Floresta de la antigua lírica popular, recogida y estudiada*, tomos I, II, III y IV.—Tomo V : *Historia crítica de la antigua lírica popular*, Madrid, 1921-1924. Pesetas 6, 7,50, 7,50, 7,50 y 7,50.

FRASEOLOGIA O ESTILISTICA CAS-

- TELLANA, Madrid, 1921-25, cuatro tomos. Pesetas 15 el tomo.
- TIERRA Y ALMA ESPAÑOLA. Pesetas 8.
- LA COMEDIA «EL CONDENADO POR DESCONFIADO» (*crítica*), New York-París, 1923. Pesetas 5.
- EL MADRIGAL DE CETINA (*crítica*), New York-París, 1923. Pesetas 2.
- DICCIONARIO ETIMOLOGICO LATINO-CASTELLANO. Madrid, 1926. Pesetas 15.

OBRAS PÓSTUMAS

- RECUERDOS DE MI VIDA. (Prólogo de Ramón Pérez de Ayala.) Madrid, 1927. Pesetas 4.
- HORACIO, *fiel y delicadamente vuelto en Lengua castellana*, primer tomo. Madrid, 1927. Pesetas 5.
- ORIGEN DEL ALFABETO, *medallas e inscripciones ibéricas*, Barcelona, 1927. Pesetas 15.
- CINTARAZOS, con un «¿Estudio crítico?», de D. Tomás Blanco Nomdedeu, Director de «La Patria». Tomos I y II, Madrid, 1927. Pesetas 1,50 y 1,50.

EN PRENSA

- HORACIO, *fiel y delicadamente vuelto en Lengua castellana*, segundo tomo.

HISTORIA DE LA LENGUA Y LITERATURA CASTELLANA. — Tomo I: *desde sus orígenes hasta Carlos V*, dos volúmenes; 2.^a edición, completamente refundida y aumentada.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE

ORIGEN DEL LENGUAJE Y ETIMOLOGIA CASTELLANA.

HISTORIA DE LA LITERATURA HISPANO-AMERICANA.

REFRANERO ESPAÑOL.

VOCABULARIO MEDIOEVAL CASTELLANO.

VOCABULARIO ESCOGIDO CASTELLANO.

LA VERDADERA POESIA CASTELLANA, tomos VI, VII, VIII y IX.

TOPONIMIA HISPANICA *hasta los romanos inclusive, para cotejarla con la bascongada y completar la obra de Humboldt «Los primeros habitantes de España».*

CRITICA (varios tomos de...)

CRÍTICA

«Mayáns dijo por ahí que las Partidas eran la Tesorería Mayor de la lengua castellana; juzgo que si le hubiera tocado en suerte vivir en nuestros días y leer la Gramática del «Quijote», y el Diccionario que la acompañará, hubiera vacilado en la aplicación de la frase. Sin duda que el código del Rey Sabio abarca grandísimo número de cuestiones y materias que exigen un vocabulario propio; pero las lenguas no son palabras solamente, sino frases, construcciones, metáforas, giros; variedad de estilos y lenguaje según las clases sociales y las circunstancias de la vida. En este concepto no cabe comparación entre los dos insignes monumentos de la literatura castellana. Quien acuda a la sintaxis de usted, se quedará pasmado de ver los insuperables recursos de que dispone nuestra lengua para formar y enlazar las frases, y construir oraciones y períodos, con la más cumplida

precisión y elegancia. Basta leer algunos capítulos de Cervantes para saber cómo se explicaban en su tiempo los literatos y el pueblo, para estimar el estilo llano de la gente culta y el desaliñado del vulgo, vivificado todo con la intuición más sorprendente de las almas que viven y palpitan en esas frases.

La Gramática del «Quijote» puede decirse, pues, que es la Gramática de la Lengua castellana en su forma más nacional y genuina; y en ninguna labor pudiera usted haber empleado mejor sus profundos conocimientos filológicos y su penetración científica. En la exposición y análisis de la obra de Cervantes ha hecho usted converger todos los elementos de la ciencia del lenguaje, la fonética como la psicología, la crítica del texto como la estimación estética de la elocución; y lo que vale más, para tan árdua tarea ha usado usted de un criterio libérrimo como el de Cervantes, para quien la gramática era «la discreción del buen lenguaje.»

... ..

No dudo que la obra de usted alcanzará, como lo merece, los aplausos de todos los amantes de la literatura castellana... La obra como la publica usted hoy, será el

consultor de los eruditos y en general de los estudiosos.

... ..
«He recibido y he estado hojeando el «Diccionario y comentario del «Quijote», y con «santa» envidia me he quedado pasmado del cúmulo del trabajo, y más que todo, del saber, que aparece donde quiera. Lo tendré sobre mi mesa y lo consultaré a cada paso como a maestro consumado...»—
Rufino J. Cuervo. (En carta al autor.)

«Es un libro que seguramente ha de quedar entre los monumentales con que cuenta, no ya el estudio crítico del habla española, pero también la filología comparada en todo el mundo de la ciencia.

Si la labor del señor Cortejón en su edición crítica del «Quijote» nos deja maravillados solamente a la primera ojeada, el esfuerzo del señor Cejador en el tomo I (Gramática) de su laureada obra, al primer vistazo solamente, nos deja confusos, atónitos, anonadados.

Tal es el enorme, opulento, inagotable caudal de ciencia léxica que posee, y brinda el señor Cejador; tal es también el sorprendente derroche de profunda y originalísima doctrina, cuanto de penetrante y sabia observación, que hace el insigne gramá-

tico en los diversos tratados que componen el volumen recién publicado.—*Mariano de Cavia*. («El Imparcial», 12 mayo 1905.)

* * *

«Las palabras viven. Y claro es que al vivir, también las palabras gozan y padecen.

Gozan, hasta en lo íntimo de sus misteriosas raíces, cuando alcanzan la plenitud significativa de su forma. Gozan cuando triunfan; cuando, corriendo de boca en boca, se las gusta en todo su sabor; cuando se las estima en su justa valía; cuando se las comprende en su precisa expresión; cuando se las usa con delicada propiedad; cuando se penetra en su alma.

Padecen las palabras, cuando el ignorante las deforma y el pedante las estruja; padecen, cuando las manosea el torpe y las desvirtúa el tonto; padecen, cuando en el opulento caudal de un lenguaje soberano, como es el nuestro, ven su oro puro postergado ante el oropel de los vocablos exóticos, intrusos y advenedizos; padecen, cuando una a una van cayendo en el olvido, y el idioma se va empobreciendo y adulterando; padecen también, y a fe que es un padecer terrible, cuando caen en manos de un sabihondo de estos que secan cuanto to-

can, y so color de lingüística o de filología, se las descuartiza a título de estudio y se las disecciona en vivo a título de anatomía, como a conejitos de Indias o como a cadáveres de anfiteatro.

Pero ¡qué gozo, en cambio, el de las palabras vivas y significativas, sean de modesto son o de retumbante resonar, sean de enjundia plebeya o de ennoblecido aparato, cuando el que las estudia es alguien que las ama, alguien que aprecia todo su perfume de solera secular, y las saca del injusto olvido a la luz del sol, y nos describe ce por be todo su rico abolengo, todas las múltiples aplicaciones que de su fecundo contenido logran el uso vulgar y el selecto saber!

A la casta de estos grandes enamorados del espíritu viviente de las palabras, no de su limitada estructura material, pertenece don Julio Cejador. En el grupo superior de los que evocan, no de los que diseccionan, ocupa lugar culminante el autor del «Tesoro de la Lengua Castellana». Cejador es dueño, a todo su talante y voluntad, del conjuro mágico.

«¡ Abrete, ajonjolí !»

Dice el maestro de la palabra sagrada, y el alegre ajonjolí, gozosísimo de que haya

en España quien no le evoca con el nombre de sésamo («Sésamo» escriben muchos, figurándose que se trata de algún personaje fantástico), descubre y entrega a Cejador las riquezas todas, las mejor guardadas y más secretas, de un idioma tal, que en él han tenido que venir los modernos y más afortunados inventores de un lenguaje universal a buscar los primordiales y los más claros cuanto sólidos fundamentos de sus tinglados caprichosos.

Nueva prueba de la docta y luminosa pujanza de Cejador—irónico apellido de quien jamás ceja en sus empeños—es el recién publicado volumen, el señalado con la letra R, de este «Tesoro de la Lengua Castellana» que se traga a todos los Covarrubias que en España han sido. Como en el presente articulejo no hay, ni puede haber asomos de crítica, sino un tributo no más de admiración estudiantil, me guardaré mucho de refrendar con vulgaridades corrientes o con puerilidades propias, aun siendo muy devoto de la lengua de los «hijos de Aitor», la teoría euskérica, que sabia y tenazmente sostiene Cejador, sabio y tenaz sacerdote asimismo de la lengua de Cervantes y de cuantos hijos suyos se han desparramado por el planeta.

Me limitaré, y esto habrá de agradecerme quien leyere, a un apunte y a un recuerdo. Después de apuntar que Cejador es doblemente español, por lo que ama al egregio lenguaje en que habla, escribe y enseña, y por lo que estima el lenguaje primitivo, el lenguaje «aitá», paternal monumento de la península ibérica, tío carnal (cuando menos) de todas las lenguas indoeuropeas, permítaseme recordar mi ya antigua petición de una cátedra de vascuence, como dice el vulgo, en la Universidad Central.

«Lenta, pero continuamente», va desapareciendo el euskero, pese a cuatro ilusos y fraticidas. Incapaz—dije, há tiempo, a propósito de juiciosísimas observaciones de Unamuno—risiblemente incapaz de luchar con la moderna maquinaria agrícola sería el arado de Triptolemo. Pero si este mitológico artefacto, don divino de la propia Cérés, fuese milagrosamente hallado en las tierras áticas, ¿qué de honores universales, qué de religioso culto, no recibiría el sacrosanto y prolífico antecesor?...

Pues eso ocurre con el lenguaje primitivo que don Julio Cejador ama y estudia tan vehementemente como estudia y ama el idioma superior que se ha extendido y extiende

por el mundo, sin necesidad de que le cantemos el «emanda zabalzazu».—Así como un ministro de Instrucción Pública se honró otorgando a don José Echegaray una cátedra especial, lo mismo se honraría el que otorgase a Cejador en iguales condiciones una cátedra en donde enseñase el idioma «aitá», o mejor dicho, «aitarena», de los que han llegado a hablar y perfeccionar, por dilatadísimas y multiseculares escalas de variado mejoramiento, las naciones que dominan el planeta.

Y esto, oh ministro inesperado, y quizás, quizás ilusorio, haríalo un hombre, que al par de las remotas y ocultas raíces—todavía vivas en España—sabría mostrar en todo su esplendor los frutos, unos a la vista y otros asaz escondidos, de un árbol cuya sana y santa sombra cobija más Estados que mochuelos mantiene un olivar.

En pocas, poquísimas obras de las que ahora escriben lingüistas y filólogos se puede encontrar, como se encuentra en la de don Julio Cejador, lo que pedía un escritor francés en las siguientes líneas:

«Si las palabras se mirasen bien, veríamos en ellas la historia de una raza y de una nación, su verdadera historia, no la que revelan las guerras, los tratados de paz y

los actos de gobierno, como tampoco la apariencia exterior y el énfasis de los siglos, sino la vida real y profunda, el íntimo ensueño del existir más auténtico y esencial que cualquier otro linaje de amplias y grandiosas manifestaciones.»

Ese secreto de las palabras lo posee Cejador. Esa revelación, honda y exacta, nada tiene en rigor de prodigiosa. El «¡Abre-te, ajonjolí!» está al alcance de todo aquel que ponga en algo todo su amor. Quien dice amor de veras dice paciencia de verdad. Y la ciencia viene en seguida, como traida por la mano. ¡Si al menos aprovechase a los oyentes!...

Gran lástima es que los hombres, cotorrescamente parlanchines, no aprendan y disfruten de lo que les enseñan y gozan las palabras.» — *Mariano de Cavia*. («El Imparcial», 15 de abril de 1909.)

«Pero en donde resulta probada hasta la evidencia más convincente la unidad originaria de todas las lenguas que se hablan en nuestro planeta, es en el estudio que el señor Cejador hace en el capítulo V de la obra («El Lenguaje», tomo III), de los grupos NI y GU, empleados ambos para significar la primera persona, el YO y el

NOS, por todas las lenguas del mundo...

Pues bien: el autor pasa revista a todas las lenguas del mundo, comenzando por las de América. En los vocabularios comparados de las 34 lenguas que hablan las tribus indianas de la Colombia inglesa, 16 tienen el «ni=yo», o «ne»; seis, «nu»; cuatro, «no», y sólo una, «na». En las siete restantes se ve en todas la «n». En 16, junto con la «n», se ve la gutural «k», ya como tal, ya palatizada. Lo mismo se ve en las lenguas algonquinas y en las atapascas. En Méjico sucede lo propio en las lenguas nahuatl, tepehuana, etc., etc.; como también en tarasco, popoloco, seri y demás lenguas del centro de América. Lo mismo ocurre en todo el Occidente de América, como en mojo, bauro, maipure y otras lenguas de la América meridional, resultando de todos los cuadros comparativos que nos presenta el señor Cejador que en toda la América, la primera persona, el «yo», tiene para su expresión un solo grupo etimológico: el grupo «ni». Estudia después este grupo en las lenguas hiperbóreas: alenta, esquimal, asino, coreano; en las anarianas del Indostán, empezando por las drávidas, de las que nos da un extracto de

los cuadros comparativos de Hunter citando formas del tamil, malayalan, canarés, teluga, etc., etc., en todas las que se ve el grupo «ni» para indicar YO, NOS, NUESTRO, y como sufijo o denuncia verbal. Explica la «k» del brahúi, que no supo explicar fray Muller, y concluye en que las drávidas presentan el grupo «ni» mejor conservado que las indo-europeas y altaicas, con otras consideraciones acerca de los pueblos que pasaron a poblar el nuevo continente.

Y para no hacerme pesado citando nombres de lenguas en todas las cuales encontraremos el grupo NI para expresar el YO, diré que el autor continúa su revista por las lenguas de la Oceanía, a las que siguen las camitas, después las semíticas, las del Sudán, las altaicas, las caucásicas, y, por fin, las indoeuropeas...

Léase la obra del señor Cejador; estúdiese con el detenimiento que merece objeto tan profundo y tan transcendente; téngase la debida preparación para comprender algunos cambios fónicos que son muy normales y ordinarios y concede todo el que haya estudiado, no muchas lenguas, sino sólo las de una familia, y se verá que las deducciones del señor Cejador son tan

lógicas y conformes a las leyes de la lingüística que puede afirmar, como lo hace, que no ha torturado ningún grupo fónico para derivarlo de otro. Y no puede menos de suceder esto; y no puede ser más legítima la conclusión del autor dada la base sobre que asienta su teoría...»—*José Alemany*, en «El Universo». Madrid, 15 de noviembre de 1904.

«Un sabio modesto, cuya fama no ha salido aún del círculo de los doctos y de los estudiosos, don Julio Cejador, trabaja hace años en revelarnos el misterio del lenguaje. Don Julio Cejador es un filólogo. El filólogo es el hombre de la lenta lectura. ¿Os acordáis de Nietzsche? Nosotros, hombres vulgares, de lectura rápida, pasamos sobre las palabras, recogiendo de ellas nociones y conceptos: son para nosotros signos fríos, inertes; fórmulas habituales del álgebra, del pensamiento. El filólogo, hombre de lectura lenta, se para en ellas, las ve animadas y vivas; descubre su historia, su abolengo, su lejano origen, y escudriña en su interior la sucesión de ideas y de emociones que las fabrican primeramente y luego las habitaron.»

.....

«Cejador, en su «obra» monumental «El Lenguaje», escudriña estos problemas, y nos cuenta la vida y aventuras de estas palabras castellanas que usamos todos los días y que tan sencillas y naturales nos parecen. El tomo IV de «El Lenguaje» acaba de publicarse. Se llama «Tesoro de la Lengua castellana. Origen y vida del lenguaje. Lo que dicen las palabras». Es un Diccionario, pero un Diccionario que no se parece a los que utilizamos comúnmente; un Diccionario en que las palabras no están en formación militar, siguiendo el orden de sus diversas banderas, que son las letras, sino agrupadas por familias y gentes, como las antiguas milicias, en torno de las voces eúskeras e indo-europeas de donde provienen, o que son sus parientes mayores. Un Diccionario que no se limita a poner al lado del vocablo una definición, sino que nos cuenta lo que el vocablo ha sido, sus vicisitudes y cambios, su empleo en las letras eruditas y en los modismos y refranes del habla popular, su parentela y estirpe...»—*Andrenio*. («La Epoca», 20 de octubre de 1908.)

«El «Tesoro de la Lengua Castellana. Origen y vida del lenguaje. Lo que dicen

las palabras», que todos estos títulos lleva, y ninguno sobra, por lo que cada uno declara del contenido del libro, es el tomo IV de la obra magistral emprendida por Cejador con el título de «Lenguaje, sus transformaciones, su estructura, su unidad, su origen y su razón de ser»... Obra es ésta de las que consumen una vida y exigen tal caudal de conocimiento de idiomas antiguos y modernos, tal penetración filosófica, tal espíritu de paciente investigación histórica y una tan firme ojeada de conjunto para no perderse en esa Babel de palabras diferentes, que parecen superiores a lo que puede dar de sí el esfuerzo de un hombre, bien que la laboriosidad guiada por una inteligencia poderosa hace milagros y uno de ellos es la multiplicación del tiempo y del trabajo.

... ..

«La clara, a par de profunda, introducción del «Tesoro de la Lengua castellana», es el mejor comentario de este libro, al cual puede aplicarse en dos sentidos ese clásico nombre de Tesoro, que les cae bien a los Diccionarios.

Tesoro es de voces, de refranes, de autoridades letradas y aun de psicología y folklore, y Tesoro es también mirando a

la parte del autor, de saber, de paciente estudio de erudición, de laboriosidad infatigable. A esa «Introducción» remitimos a los que deseen más larga explicación de la que puede darse en estas rápidas reseñas periodísticas.»—*E. Gómez de Baquero*. («El Imparcial», 26 octubre 1908.)

«Pues bien; al enterarse de «Lo que dicen las palabras», del maestro de Filología, lo que uno advierte en sí mismo es... deseos de callar.

... ..

Cejador, como diestro orífice, aquilata y depura el casticismo del vocablo, señalando su noble o vil abolengo (y tened presente que aquí la nobleza procede de abajo), según el mester donde alentó algún día o la nativa pureza de su formación original. Y luego acude al arsenal inagotable de la sabiduría plebeya, y os dice lo que la chusma castellana (definitivo legislador del idioma, árbitro para dar o negar el pase a las intrusiones de la erudición) pensó con las palabras que os quintaesencia, definiéndolas en el refrán o en la frase, es decir, limitando, al agruparlas con otras, su primera «significación absoluta»...

Cejador estudia la palabra en función,

como ser vivo, de órganos primordiales, adventicios o atrofiados, y os deja ver cómo han pasado por ella calladas corrientes de energía mental, deformándola en unas ocasiones y hermo세ándola en otras, y recubriendo casi siempre con una estratificación de estados de alma (página de la historia natural del lenguaje) que conserva las formas definitivas de su estructura orgánica...

Cejador restituye a las palabras de nuestra lengua su primitiva significación y las sorprende en un momento de su vida; es, a saber: cuando, expresando el querer y el sentir del pueblo hallaron albergue en los escritores clásicos de los siglos XVI y XVII, especialmente en los del primero; y decía yo que invitaba al silencio la lectura de su libro magistral, porque después de notar en sus páginas el cerco apretado que ponen los barbarismos de toda especie al castizo decir parece imposible no enturbiar la limpidez de nuestro idioma con nuevos vocablos allegados al mismo, no por el vínculo de la agnación de la unidad genética, sino por el lazo de las menguadas adopciones artificiosas...»—*José Rocamora*. («Heraldo de Madrid», 30 octubre 1908.)

«La novela que acabamos de citar («Oro y Oropel») ha resultado, según su autor declara, «corta de remos, ceñida de talle, seca de jugos, patizamba y monda de aquellas floridas descripciones al menorete, variados escarceos episódicos y honduras psicológicas con que engalanan las suyas los varones que saben y están hechos a rodearse con desenvoltura por esos campos de la fantasía.»

No estamos conformes en todo lo que Cejador dice en el párrafo que antecede; pues si bien es cierto que la novela resulta poco extensa (200 páginas aproximadamente), también, a nuestro juicio, es rico su jugo y muy penetrante su sabor y muy marcada la desenvoltura de su argumento y la corrección impecable de su forma.

... ..

Hay detalles en esta obra, relacionados con los jesuitas, que son demoledores. Cejador conoce muy a fondo las reconditeces de la Compañía, y como es hombre que ama la verdad, no encubre su pensamiento con la carátula de esa hipocresía que va minando los cimientos de la sociedad española, y pone al descubierto la llaga para que todos la vean y limpien su podre con el desinfectante de la honradez, de la sin-

ceridad y de la nobleza.»—*Alberto Sevilla*. («La Palabra Libre». Madrid, 7 de mayo de 1911.)

«Julio Cejador acaba de publicar un nuevo libro: «Pasavolantes». Es una colección de breves trabajos la nueva obra de nuestro filólogo; tocan unos a la filología y a la crítica literaria; son otros fantasías y escauceos de humor satírico y travieso. No puede pasar inadvertido un libro de Cejador. Pertenece el autor de «Pasavolantes» a la escasa grey de los que de veras, cordialmente, efusivamente, se preocupan de los problemas de la inteligencia.

.....
«En el libro que ahora publica Cejador están reunidas compendiosamente sus cualidades de escritor. Como un cinematógrafo literario son estas páginas; ingenio, travesura, repentes sacudidos, juicios exactos y originales sobre clásicos, conocimientos hondos de filología... todo va pasando rápida y amenamente.

Cejador no es un filólogo encariñado tercamente con lo arcaico; lo que hace que su crítica tenga atractivo para los no técnicos

en filología, es el criterio amplio, liberal, progresivo, del autor respecto al lenguaje. El concepto del casticismo se halla tergiversado, bastardeado, entre nosotros; conviene insistir sobre este punto. Cejador en su estudio «Casticismo melindroso» fija el verdadero, exacto, concepto del casticismo.

.....
«Julio Cejador dedica en su libro unos capítulos a tratar de lo que él llama los «Potentados del castellano». Alude el autor a aquellos escritores, de entre los clásicos, que han gozado de mayor riqueza léxica. Cejador habla de los escritores picarescos y de los místicos; al hablar de los místicos, el autor de «Pasavolantes» nos hace la revelación de un tratadista casi desconocido—Juan de Pineda—a quien, si no recordamos mal, llama el «archimillonario del idioma.» *Asorin*. («A B C», 12 de octubre de 1912.)

* * *

«Es una novela, o mejor dicho, conato de ella, con el fin de amenizar por medio de una acción sencilla la exposición del cielo jesuita que él también conoce... Como quiera, «Mirando a Loyola» es un gran libro, duro, contundente como un ariete, cer-

tero en la puntería, verídico, de un realismo exacto y a la vez artístico, encantador y nutrido de testimonios abrumadores. Debe figurar en toda biblioteca, debe ser leído por altos y bajos, sabios, semi instruídos e indoctos, que para todos tiene, y de él sacarán fruto además de grato esparcimiento.»—*José Ferrandiz*. («El Radical», 10 julio 1913.)

* * *

«En este libro («¡De la tierra...!»), no hace mucho impreso y puesto a la venta, ha reunido el autor aquellos artículos que escribiera y publicara, por la mayor parte, en «Los Lunes de El Imparcial», no circunscritos tan sólo a cuestiones de lenguaje, que tanto le agradan, sino a variado asunto de no menor interés. Esto significa que así como quiso Maunoury que en su Antología hubiese junto a la prosa rimas de su propia cosecha, así Cejador ha querido aparezcan también algunos en que se manifiesten sus verdaderas aficiones y su erudición lingüística pasmosa. Tal resulta con el titulado «familia de palabras venidas a menos», ofreciendo un buen número de voces populares cuyo origen determina po-

niendo de manifiesto la influencia del vascuence y hasta señalando las variantes en la América Latina. Lo mismo al discurrir sobre el verdadero sentido de la locución «De Ceca en Meca», indicando que la Academia no trae las variantes, y señalando el origen tanto de «ceca» como de «meca»...

En otros escritos analiza los términos «senescario», «senado» y «sen», «citano» y «zutano», «siesta» y «yugo», determinando su origen de acuerdo con los datos que en cada caso aporta y que resulta enteramente distinto de lo que se nos ha señalado. Su crítica cáustica, pero justa, lo lleva a ridiculizar en otro artículo la administración española por la serie de descuentos a que obliga al que tenga que hacer un cobro al Estado español, como fustiga duramente el Escalafón de catedráticos... También nos ha llamado la atención el juicio que le merece la última resolución de la Academia suprimiendo el acento de las partículas *a*, *e*, *i*, *o*, *u*. Para terminar diremos que la conferencia que dió en el Ateneo sobre un «Estudio filológico de la semana hebráica, vascongada y asiriobabilónica», es tan erudita como interesante, demostrando cómo se conciertan las tradiciones del extremo Oriente ario-iranio, con las de Grecia, Ba-

bilonia y Caldea, con las del extremo Occidente vascongado en la explicación del origen del universo, simbolizado en los nombres de la semana y de cada uno de los días que la componen...»—*Dr. J. M. Dihigo*, en «Rev. de la Facultad de Letras y Ciencias». Habana, julio de 1914.

* * *

«UNA GRANDE HISTORIA LITERARIA.—Entre los insignes trabajadores intelectuales con que cuenta hoy España, ocupa lugar preeminente el sabio filólogo y literato don Julio Cejador y Frauca, bien conocido en ambos mundos.

«Las Gramáticas griega y latina» y la «Lengua de Cervantes», son obras fundamentales que revelan una inmensa sabiduría y un luminoso criterio filológico. El magno «Tesoro de la Lengua Castellana», del cual van publicados doce gruesos volúmenes, es una obra de tan grande aparato de demostración científica y de tan extrema novedad en sus conclusiones, que sólo cabe admirar la magnitud y audacia del esfuerzo, sin pretender, por nuestra parte, dar opiniones que requerirían estar fundadas en profundos conocimientos de filología comparada.

Lo que principalmente caracteriza la obra del señor Cejador, es su riqueza bibliográfica. Es una renovación y continuación de la grande empresa de Nicolás Antonio; pero no en forma de diccionario, como la «Biblioteca», de éste, sino en forma de historia; es decir, siguiendo un plan rigurosamente cronológico, que coloca a cada autor y cada obra en el sitio que le corresponde...

Se engañaría quien creyese que la obra de Cejador es exclusivamente bibliográfica; si así fuera, sería producción inorgánica, carecería de alma, cosa incomprensible en un trabajo fundamental de un escritor que en donde quiera imprime el sello de su poderosa personalidad. Palpita en esa obra un vigoroso y simpático españolismo: como si el espíritu del autor se hubiera compenetrado con el alma nacional...

El libro del señor Cejador está llamado a ser el consultor indispensable para quien quiera comprobar un nombre, título o fecha, o refrescar una idea sobre la materia, y para quien desee empaparse en lo más original, brioso y serio del genio español. Su titánico esfuerzo impone respeto y admiración, y debemos ver en él al digno renovador de las colosales empresas de don

Marcelino Menéndez y Pelayo.»—*Antonio Gómez Restrepo*, en «El Mercurio». Santiago de Chile.

* * *

«A don Julio Cejador y Frauca le ha tocado en suerte un espíritu paradójico. Es un sabio que desprecia la sabiduría, un erudito que toma partido por lo popular. Con el título de «La verdadera poesía castellana. Floresta de la antigua lírica popular», ha salido a luz el primer tomo de una obra, destinada, como su nombre indica, a recopilar lo más granado, pujante y vigoroso que ha producido en poesía, a través de los siglos, no éste o el otro poeta, sino el pueblo de Castilla, los anónimos habitantes de los campos que pusieron su alma en una copla, un villancico, un cantar de amores...

El señor Cejador cumple a maravilla su programa. Su maestría en la métrica de varios idiomas, y especialmente de los clásicos griego y latino, que él conoce a perfección, le habilita para hacer un estudio acabado sobre los versos populares de Castilla, algunos compuestos con la métrica irregular que usaron más tarde en la poesía erudita Rubén Darío y sus satélites.»—*Luis*

Araujo-Costa. (« Raza Española », agosto 1921.)

«Enriquece de nuevo la literatura española con una obra que habrá de producir saludable efecto en cuantos sienten especial interés por esta clase de estudios; es una prueba más de la intensa labor de este hombre de letras, consagrado a las mismas con entusiasmo loable y deseoso siempre de contribuir a su positivo progreso. Avezado a las luchas de la inteligencia, lo vemos ora discurrir sobre problemas lingüísticos, consignando en las páginas de sus obras su criterio definido, ora sobre asuntos literarios tendiendo como principal objetivo a que la verdad resplandezca. Y porque de tal modo es su pensar, es que ahora nos ofrece, en hermosa floresta, los exponentes de la antigua lírica popular, bellísima colección en que puede saciarse el espíritu.

La idea fundamental que preside en el libro reciente es la de que la verdadera poesía lírica no es aquella que hallamos coleccionada en las obras que la erudición formara, sino la que existe en los campos, en la boca del pueblo, donde se notan las expresiones delicadas del sentir, las quejumbres que brotan del alma entristecida,

los desengaños traducidos en formas sencillas y puras, la fuerza del amor revestida del elegante ropaje que en ese género se advierte, y en el cual puede también ser objeto de esa creación poética las múltiples escenas de la vida, la volubilidad como característica humana, los conceptos humorísticos como los sentimientos profundos revelados al que lee en esos versos sueltos y agradables, en que la eufonía es nota saliente y en los que puede bien señalarse las elegantes trasposiciones de las voces en la concepción del verso.»—*J. M. D.* («Heraldo de Cuba», septiembre, 19 de 1921.)

* * *

«Después de la monumental «Historia de la Lengua y la Literatura Castellana», que hemos oído discutir, pero a la que mal puede negarse su valiosa documentación (el «arsenal de datos» de que hablaba Giusti), y después del florilegio clásico «La verdadera poesía castellana», el erudito catedrático de la Universidad Central de Madrid está componiendo lo que denomina «Fraseología o Estilística Castellana», de la que acabamos de hojear el tomo III. Se trata

de grandes volúmenes, en cuarta, muy limpiamente impresos.

Con una paciencia benedictina, el autor recopila y clasifica las más expresivas frases del idioma, frases cuyo significado desentraña y que tienen un fuerte, un innegable perfume racial. Julio Cejador, apasionado del idioma, que conoce en sus raíces—da la cátedra de Literatura Latina en la Universidad de la capital de España y es autor de una «Gramática Griega»—; Julio Cejador, se repite, realiza su nuevo trabajo con un fin didáctico, buscando la mejor comprensión de este tesoro que es el idioma castellano.

En la cátedra y el periodismo, el sabio filósofo ha luchado empeñosamente contra los galicismos. Estos son su obsesión. Y, cumplidamente, ha acusado a la Academia de estar bastardeando el diccionario con la incorporación de términos, con procedencia francesa, innecesarios, por existir palabras que dicen lo mismo, con más elocuencia, en nuestra lengua. Para nosotros los americanos, principalmente, tiene gran importancia la lectura de la «Fraseología o Estilística Castellana». Porque refrena un poco nuestra tendencia a la anarquización del tesoro idiomático que hemos heredado.

Como todas las obras de este género que edita Cejador, «Fraseología» se compondrá con varios tomos, de necesidad en cualquier biblioteca bien organizada, cuya base deben ser obras filológicas.»—«El Día», Montevideo, 10 de diciembre de 1924.

«La labor investigadora de este príncipe literario, en donde puede cada erudito hallar a sabor de su paladar, es ya tan grande y deslumbradora que suspende el ánimo, dejando en él la preocupación de averiguar cómo ha podido un solo varón dar cima y remate a tan varia y asombrosa tarea. Sin ser yo de los que atan el saber a estaca, declaro y pronuncio que no sabría dar un solo paso sin acudir en demanda de ayuda a alguno de los cuarenta y siete volúmenes que este mago del habla y del espíritu verbal ha puesto en los estantes de las bibliotecas de los amantes del idioma. Y aun tengo para mi santiguada que no hay ejemplo de trabajo tan acabado y tan fecundo en la historia de la Filología y de la Literatura Universal, y que todos somos deudores de un homenaje sin precedentes a este soberano de la ciencia por antonomasia, que bien puede codearse e ir lado a lado con los Schak, los Slegel, los Menéndez Pelayo

y aun con los genios más excelsos de todas las naciones y de todos los tiempos.

El autor nos lo dice en su prodigioso proemio: así como en sentir de Bufon el estilo es el hombre, es también el estilo el alma de un pueblo; y aparte el propio de cada autor, hay un modo propio en cada país, en que todos convienen y en que están su modo de sentir y pensar, su lógica, su natural artístico y su pensamiento filosófico, su psiquis y entera su alma. Hay expresiones castellanas, comunes y populares, que son producto del pueblo, en cuanto, aunque alguien fué el primero que formó la expresión, ella fué tan conforme al modo y sentir de todos que todos las aceptaron y las fueron reformando poco a poco, hasta quedar el autor anónimo. Así son todas las cosas populares, y de ellas las expresiones castellanas.

Y el maestro Cejador, que todas las conoce, como conoce todos los refranes y cantares y, como ha demostrado, todas las etimologías y todas las bellezas y todos los misterios de la palabra hablada y escrita, en vez de guardar todo ello para sí y bizarrarse anotando las obras de los clásicos, hace merced de todo este tesoro a los doc-

tos y a los ignorantes, a los iniciados y a los catecúmenos, a todos menos a los rompeesquinas o a los entendimientos cerrados con pie de muleto, que a fe que ellos no harían estimación ni aprecio de lo que no fué elaborado en la laboriosa colmena para su paladar. «Sic asinus ad lyram».

... ..

«A él y sólo a él estaba reservada esta empresa de sacar a luz, con su genealogía, interpretación y comentario, todas las gemas resplandecientes de la verdadera cueva de Alí Babá, hendida en la roca de la nacionalidad española por el genio popular, alimentado por las centurias. Unicamente a su estudio incansable, a su penetración agudísima, a su genio creador y comprensivo, a su superioridad indiscutible moral y mental era destinado dar remate a la labor más compleja, más difícil, más patriótica y más transcendente que en todo lo que atañe al idioma han visto los siglos presentes y pasados y esperan ver los venideros.»—*Antonio Zozaya*. («Informaciones.» Madrid, 6 de junio de 1922.)

«Recibí su «Tierra y Alma Española». Es un libro encantador. Empecé a leerlo, y

apenas lo he dejado de la mano hasta terminarlo. Es un libro que hacía mucha falta, por la completa visión que da, dentro de su compás, de la tierra española, de su historia, cultura, espíritu, etc. Y su lectura es tan amena, que, aún a las personas familiarizadas con las materias que en él se tratan, tiene que interesar...»—*M. Romero Navarro*, en carta al autor.

«Su libro «Tierra y Alma Española», que vivamente agradezco, es por su fundamento, por su entusiasmo, por su patriotismo, una Epopeya de la Raza. Estremecido todo él desde su «Por la señal» hasta su «Amén Jesús», no necesita del verso. Para el alma colectiva, que está en prosa, mejor es que en prosa esté su poema. Debe llegar a todas las inteligencias. Aparte de sus sólidos libros de Historia, de firmeza intangible, como lo requiere su índole austera, este tomo de ahora, me parece lo más hermoso que usted ha trazado. Tiene además la virtud de amamantar por el sentimiento, de nutrir por medio del colorido y por el vehículo de la belleza: es obra de poeta hasta en lo sintético, pues en un sólo volumen ha tenido usted el poder de encerrar las cristalizaciones viejas y modernas de

nuestras ciudades, y todos los fondos y subfondos de que surge el inmenso ramaje hispano. Y todo ello atravesado y hecho haz gigante por la filosofía, sin cuya trascendencia poco valen las creaciones. El libro acompaña mis veladas y mi soledad. Hablar de «todo él», sería hablar en forma de arco infinito bajo el cual pasaran desde la primera a la última raza que han desfilado por nuestra Península, tomándola por lecho nupcial, por pila bautismal, por túmulo mortuorio, casando así y trenzando y fundiendo todas las gotas de sangre que tantas procesiones extranjeras han dejado en nuestro plasma. Pero eligiendo parcelas espirituales, del libro, se puede hacer la apología étnica de una ciudad, aunque sea «ciudad de ciudades», como Toledo...

¡Bien, caro don Julio! El libro de usted debía ser desparramado a los cuatro vientos, y que, para recogerlo entre las manos, solo tuvieran las de todos los hombres que inclinarse sobre las aceras de nuestras calles...—*Salvador Rueda*, en carta al autor.

«El ilustre filólogo español don Julio Cejador y Frauca, catedrático de la Universidad Central de Madrid, ha publicado recientemente un interesante libro que me-

rece ser leído no sólo por los niños españoles, a quienes está dedicado, sino también por los mayores, pues para todos, adultos y jóvenes, encierra la obra un caudal provechoso de enseñanzas.

Se trata del libro «Tierra y Alma Española». El autor, haciendo gala de un estilo cuidado y rico en castizas expresiones, hace una exposición geográfica e histórica completísima de nuestra patria, recorriendo una por una todas sus provincias. La originalidad de este precioso tratado es que logra aunar dos aspectos complementarios, presentando ante el lector, simultáneamente, el cuadro físico de cada región (geografía) con su genealogía histórica. Así, al recorrer las provincias vascas o Andalucía, Cataluña o Extremadura, nos dirá el señor Cejador cuál es el hijo ilustre de cada pueblo o ciudad, y con un trazo gráfico, magistral, conciso, nos enseñará en qué consistió sus vidas o sus hazañas. Ante el nombre de un poblado o de una región, nos indicará cómo esa nomenclatura está vinculada a un glorioso hecho de armas en defensa de las libertades patrias, o nos demostrará cómo perpetúa una Carta-Puebla o unas Cortes famosas. En una palabra: es la historia vivida de España, tra-

ducida en sus infinitos recuerdos y evocaciones.

El señor Cejador, demostrando una vez más su admirable cultura, presenta además una descripción muy adecuada en cada caso de las bellezas naturales y de las grandiosidades arquitectónicas de España, circunstancia que es realzada por el hecho de estar el libro ilustrado con centenares de fotografías de monumentos, reliquias, ciudades, paisajes, etc...

Bajo la forma sencilla y narrativa de un libro de enseñanza para jóvenes, el señor Cejador y Frauca ha escrito una preciosa síntesis histórica, rebosante de sano nacionalismo, que debe ser muy bienvenida en esta época de autocrítica implacable que, ciega y suicida, se resiste a reconocer las grandes virtudes y cualidades de nuestro pueblo. Artísticamente, el libro de que nos ocupamos es una inestimable guía estética y espiritual de nuestra patria; y por todos conceptos, ese notable trabajo honra a quien, como su autor, tiene tantos títulos por su inmensa labor científica, a la admiración y gratitud de todos los españoles.»—*Rafael Calzada*, en «El Diario Español», Buenos Aires, 22 de julio de 1925

«Julio Cejador... ese filósofo del idioma, para el que ninguna palabra tiene secreto y etimología alguna está desconocida, olvida un momento sus disquisiciones gramaticales y se lanza al público, con este libro, que él llama novela; y que tan poco tiene de tal, y tan parva de interés es esa trama que da pretexto al libro, que en confianza hemos de decirte, lector, que en las páginas, que «en novela» escribe Cejador, ha sido justamente, en las que nuestra atención estaba más reacia. Pero hay muchas, muy luego tan valientes, tan documentadas, tan llenas de rasgos felices y observaciones admirables, adobadas en un estilo castellánísimo que nos han engolosinado de tal modo, que leer hubimos el libro con interés ávido y creciente, sin echar de menos para nada las inocentes complicaciones de una novela, que para nada, tampoco, necesitábamos; puesto que en el libro había vida y realidad, siempre más interesante que toda ficción... y había también otras muchas cosas, que no hemos de decirte, lector amigo, porque no cabrían en esta desmedrada noticia bibliográfica, porque perderían todo su sabor y gustillo peculiares al ser transcritas aquí a la ligera; y porque queremos remitirte al libro, para que lo leas de un tirón

y lo releas hasta empaparte de las muchas cosas que en él se dicen y a ti te conviene saber.

...De jesuítas se trata en la obra. Y cuenta, que lo fué el autor algunos años. Figúrate si conocerá Cejador, las revueltas, encrucijadas y laberintos de la Orden que el Santo de Loyola fundó un día...»—*Antonio Gullón*, en «La Publicidad». Granada, 3 de julio de 1913.

* * *

«El autor de «Trazas del Amor», conoce al dedillo los entronques y derivaciones del castellano lenguaje; sabe de qué padre fué engendrado cada vocablo y qué madre parió cada palabreja; tanta es su ciencia en esos trabajosos afanes filológicos, que no parece sino que estuvo presente en todos los alumbramientos del idioma, recogiendo los brotes novalios...»—*Hernando Iscar-Peira*. («La Tribuna», 1914.)

* * *

«... En mi humilde parecer, esta obra («Gramática griega») significa el principio de una nueva era para los estudios helénicos, hoy tan decaídos entre nosotros.

Aventaja mucho en método y copia de

doctrinas a todas las gramáticas publicadas en España, y no creo que quede deslucida en comparación con las extranjeras. Su autor se muestra enterado de todos los progresos de la filología clásica, y esto no de un modo atropellado y superficial, sino con pleno y maduro conocimiento, y con la habilidad necesaria para adaptar los resultados de esta investigación al estado actual de nuestra cultura.

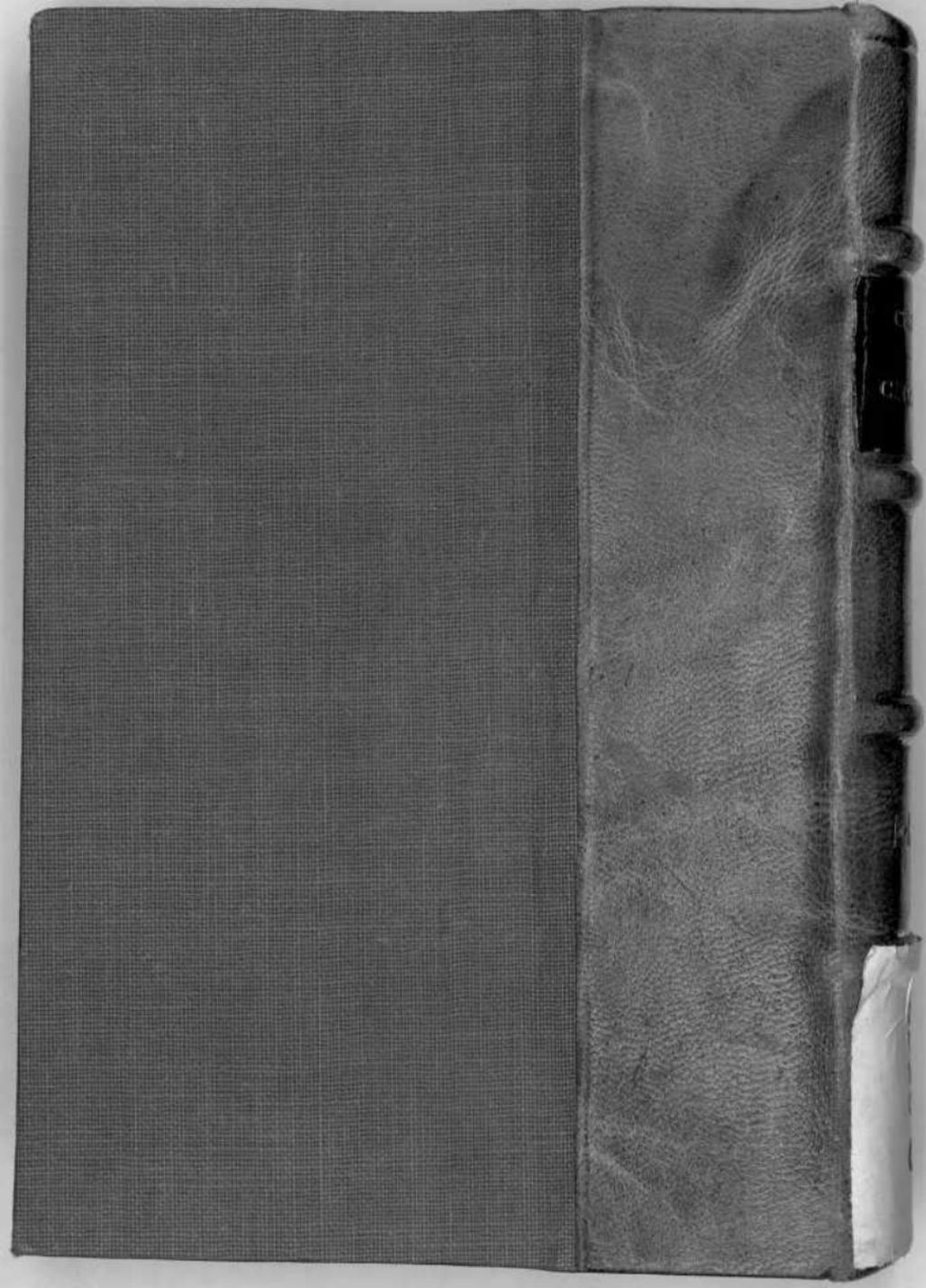
La creo más útil para la enseñanza que la de Curtius y más completa en algunos puntos.»—*M. Menéndez y Pelayo*, en carta al autor.)

«Con mucho gusto he leído la «Gramática griega» que acaba usted de publicar. Le doy la enhorabuena por haber sido usted el primero que en nuestra patria se ha atrevido a publicar, en estos tiempos, una obra en la que ha resumido y sintetizado todos los adelantos de la filología comparativa.»
José Alemany.

«... Su Gramática no sólo es recomendable como libro de texto mediante el trabajo de selección y abreviación del Profesor aun contando con el recurso del doble tipo de letra empleado en el texto, sino como libro de consulta, de uso para los Profesores»

res y para quienes tropiecen con dificultades de interpretación, de traducción y de detalle...»—*José Banqué y Faliú.*

«... Me gusta mucho y es, sin duda alguna, no ya la mejor que en su género se ha hecho en España, sino lo único, en estudios helénicos, y un libro que puede ponerse de par con los buenos del extranjero. Falta hacía que se adaptasen a la enseñanza del griego las doctrinas de la lingüística comparada y en libro escrito en España, por español y para españoles precisamente...
Miguel de Unamuno.



CEJADOR

CINTABRAZO

G 255588